

LA LUCHA SEXUAL DE LOS ADOLESCENTES EN LA HIPERMODERNIDAD

**RICARDO FANDIÑO PASCUAL
VANESSA RODRÍGUEZ POUSADA**



La lucha sexual de los adolescentes en la hipermodernidad

Ricardo Fandiño Pascual
Vanessa Rodríguez Pousada



EDITORIAL UOC

Directores de la colección: Segundo Moyano, Jordi Planella

Diseño de la colección: Editorial UOC
Diseño de la cubierta: Natàlia Serrano

Primera edición en lengua castellana: marzo 2018
Primera edición en formato digital: abril 2018

© Ricardo Fandiño Pascual y Vanessa Rodríguez Pousada, del texto

© Editorial UOC (Oberta UOC Publishing, SL) de esta edición, 2018
Rambla del Poblenou, 156
08018 Barcelona
<http://www.editorialuoc.com>

Realización editorial: d  ctilos

ISBN: 978-84-9180-124-5

Ninguna parte de esta publicación, incluido el diseño general y la cubierta, puede ser copiada, reproducida, almacenada o transmitida de ninguna forma, ni por ningún medio, sea éste eléctrico, químico, mecánico, óptico, grabación, fotocopia, o cualquier otro, sin la previa autorización escrita de los titulares del copyright.

Ricardo Fandiño Pascual

Psicólogo clínico con amplia experiencia en el trabajo con adolescentes y sus familias, en los ámbitos de la prevención y la intervención individual, grupal e institucional. Tiene un máster universitario de Menores en situación de conflicto y riesgo social y otro de Educación sexual. Colabora en la formación continua en el Instituto Wilhelm Reich-Europa y es presidente de la Asociación para a Saúde Emocional na Infancia e Adolescencia (ASEIA).

Vanessa Rodríguez Pousada

Psicóloga y psicopedagoga con una larga trayectoria en la intervención educativa, terapéutica e institucional con jóvenes. Profesora colaboradora de la Universitat Oberta de Catalunya (UOC) en el máster de Psicopedagogía. Colabora en la formación continua en el Instituto Wilhelm Reich-Europa, es miembro fundadora de ASEIA y forma parte de la directiva de la Sociedade Galega de Sexoloxía.

A Jerónimo Bellido y David García, por su guía y saber.

A Jordi Planella, por su confianza y generosidad.

A los compañeros y compañeras de ASELA y del Instituto Wilhelm Reich-Europa, por su apoyo y continua inspiración, gracias a la cual este libro es posible como parte de un camino de aprendizajes y de saberes compartidos y vividos.

Índice

PRÓLOGO	11
SEXUALIDADES Y ADOLESCENCIAS CONTEMPORÁNEAS. COMPLEJIDAD Y DIVERSIDAD EN CIENTO CUARENTA CARACTERES	15
CRISIS GLOBAL. CRISIS RELACIONAL. CRISIS DE AFECTOS Y SEXOS	27
DEL EROS VELADO AL EROS DESUBLIMADO. EL DESEO (IN)SATISFECHO A GOLPE DE UN CLIC	37

LA DECONSTRUCCIÓN DE LOS ROLES DE GÉNERO Y LA ADOLESCENCIA SIN MAPA	47
LA ADOLESCENCIA HETEROPATRIARCAL Y EL RETORNO DE LO REPRIMIDO	59
SEXUALIDAD NARCISISTA Y ADULTESCENC	69
LA FUNCIÓN DEL ORGASMO. DEL AFECTO AL ÉXTASIS PASANDO POR EL CUERPO. POR UNA EDUCACIÓN SEXUAL DEL PLACER	81
EDUCACIÓN Y POLÍTICA SEXUAL	89
PROGRAMAS DE EDUCACIÓN SEXUAL. EL LUGAR DEL ADULTO, ¿SUJETO U OBJETO?	95
EPÍLOGO Y MANIFIESTO	99
Bibliografía	107

PRÓLOGO

En los últimos años, la preocupación social por las conductas de acoso y violencia por razones de género en la adolescencia ha aumentado considerablemente. De acuerdo con el estudio Percepción de la violencia de género en la adolescencia y la juventud presentado por el Ministerio de Sanidad, Servicios Sociales e Igualdad en 2015, se está produciendo un incremento de las adolescentes que reconocen que han sufrido situaciones de maltrato por parte de su pareja.

En el extenso trabajo dirigido por Díaz-Aguado (2014) se exponen cifras como estas: un 9,5 % de las jóvenes de nuestro entorno reconocen sentirse controladas por sus parejas, que deciden por ellas hasta el más mínimo detalle; un 4 % se sienten insultadas o ridiculizadas; un 4,2 % han sentido miedo de su pareja; un 1,4 % han sido obligadas a llevar a cabo prácticas sexuales contra su voluntad, y un 1 % incluso han sido golpeadas. Todas estas cifras señalan, además, incrementos sustanciales en los últimos tres

años. Algunos de estos casos comienzan a denunciarse en los juzgados de menores, y empezamos a ver campañas de prevención gubernamentales y guías de intervención. Se trata, por lo tanto, de una realidad en aumento e integrada en nuestra vida cotidiana.

La cuestión resulta particularmente alarmante si tenemos en cuenta los cambios sociales de las últimas décadas, que han implicado grandes avances en la conquista de los derechos de las mujeres. Parece contradictorio que esté creciendo el número de jóvenes que reproducen actitudes y comportamientos respecto al género y a la sexualidad que supondríamos ya superados en la modernidad, propios de hombres y mujeres de otro tiempo.

Tal vez los cambios legislativos no hayan tenido la correspondencia necesaria con un cambio en las mentalidades. Tal vez la construcción social de los nuevos roles de género, las llamadas nuevas feminidades y nuevas masculinidades, no ha conseguido generar un modelo de identificación suficientemente atractivo y estimulante para la juventud. Tal vez no somos lo bastante conscientes de que las relaciones, los afectos y la sexualidad se educan.

La sexualidad es un elemento esencial en la construcción de la identidad de cualquier persona y la adolescencia, un periodo crítico en dicho desarrollo madurativo. Es preciso que los jóvenes conozcan la fisiología del sexo y los métodos anticonceptivos, pero sobre todo, y fundamentalmente, necesitan aprender sobre el mundo de las relaciones, los afectos, el res-

peto por el otro y por la diversidad; sobre la normalidad de los miedos, la bondad de las dudas y la maravilla del placer compartido.

Sabemos que el trabajo sobre la empatía, la autoestima y la capacidad de gestionar las propias emociones de forma adecuada son elementos preventivos de cualquier conducta violenta. Con esta premisa, llama la atención que la educación sexual siga siendo la gran ausente en la vida de las nuevas generaciones. Ya en los años treinta del siglo pasado el psiquiatra austriaco Wilhelm Reich puso en marcha un importante movimiento sexológico que reivindicaba el acceso a una educación en los afectos y la sexualidad que facilitara una vivencia saludable y placentera de las relaciones en la adolescencia. Sin embargo, en las sucesivas leyes educativas españolas lo afectivo-sexual ha ocupado siempre un lugar periférico. La indefinición en la educación sexual deja demasiadas posibilidades a la dispersión, la confusión, la tergiversación o el olvido. Este mismo déficit es visible en los planes de estudio de las carreras universitarias de ciencias de la salud, y en las sociales y educativas.

Por su parte, las familias se encuentran ante una temática que en muchos casos les resulta desbordante, y muchas veces la afrontan con un exceso de alarma y de prejuicios. Con el uso de las nuevas tecnologías han aparecido el *grooming* o el *sexting*, dos de las formas que la violencia y el acoso sexual toman en las redes sociales. La pornografía más violenta y

machista se encuentra a solo un clic en cualquier teléfono móvil con conexión a internet.

La educación sexual queda en manos de programas concretos de la consejería, la concejalía, la diputación o la entidad no lucrativa que son casi siempre cortos, no tienen la continuidad suficiente, no existe una articulación coherente entre ellos y son excesivamente dependientes de la buena voluntad, la formación y el esfuerzo de quienes los imparten. Pero la educación sexual es un proceso que implica tiempo: para que la información pueda ser escuchada, entendida, aceptada e integrada, y para que se vaya forjando el vínculo necesario que posibilite el flujo de conocimiento, empatía y entendimiento necesarios para abordar un asunto que debe colocarse en el lugar de lo natural y que, por el contrario, se halla en el lugar de lo «no nombrado». Es una de nuestras asignaturas pendientes, una troncal que todos deberíamos estudiar y aprobar. Todos: jóvenes, padres y madres, medios de comunicación y profesionales.

SEXUALIDADES Y ADOLESCENCIAS CONTEMPORÁNEAS. COMPLEJIDAD Y DIVERSIDAD EN CIENTO CUARENTA CARACTERES

La vivencia de la sexualidad durante la adolescencia no ha respondido a un estándar a lo largo de la historia, dado que se trata de una etapa de la vida que está muy condicionada por factores socioculturales. Si leemos los escritos de Toro (2013) podremos explorar los cambios que se han ido produciendo desde el siglo XVIII, momento en que el autor sitúa la delimitación del periodo de adolescencia como una edad diferenciada de la infancia y la adultez.

Durante el Antiguo Régimen, las personas jóvenes terminaban oficialmente la infancia cuando finalizaban los estudios, y hasta el momento del matrimonio se dedicaban a actividades relacionadas con la seducción y el coqueteo de evidente trasfondo sexual, entre las cuales los juegos y los bailes adquirirían una especial relevancia. En aquella época las relacio-

nes sexuales previas al matrimonio eran frecuentes entre la juventud de clase alta. No obstante, la adolescencia concluía también tempranamente con matrimonios muy precoces. En estas circunstancias, se generalizó en las clases sociales nobles el uso del preservativo para evitar los embarazos no deseados.

La Revolución Francesa liberalizó la educación sexual y la extendió a todos los estratos sociales, pero lo hizo desde una perspectiva conservadora y puritana. La visión rousseauniana de la infancia como una edad marcada por la inocencia y la ignorancia sexual fue determinante para establecer importantes limitaciones respecto del acceso de los niños y las niñas a una educación sexual. Consideraba que las personas adultas podrían corromper a las criaturas si les hablaban de sexo, por lo que solo debían responder a sus preguntas, para evitar de este modo el estímulo de lo sexual.

Ya en el siglo XIX se evolucionó hacia una mayor restricción de la actividad sexual, que quedó relegada al ámbito del matrimonio, y las relaciones preconjugales y extramatrimoniales pasaron a considerarse indecentes. La influencia de la religión sobre las clases altas y medias era esencial a la hora de establecer los estándares morales que se divulgaban por medio de la educación; de ahí que exigencias como la virginidad católica antes del matrimonio se convirtieran en un precepto moral inexcusable para las mujeres. Esta idea conllevaba un esfuerzo de las instituciones

sociales y familiares para inhibir cualquier manifestación de la sexualidad entre la juventud.

En la época victoriana la represión llegó a tal punto que la única porción de piel visible de una mujer era la que correspondía al rostro. La sexualidad desapareció no solo de la educación, sino también del lenguaje, de modo que cualquier palabra que pudiera tener una leve connotación erótica se sustituía por un eufemismo. Las parejas jóvenes no solo no mantenían relaciones sexuales prematrimoniales, sino que sus encuentros requerían siempre la presencia de adultos.

Paralelamente, a partir de la Revolución Industrial la juventud proletaria empezó a romper estas normas tan rígidas. El contacto de con otras personas en el contexto laboral y los horarios nocturnos incrementaron las posibilidades de relacionarse fuera del control social de las instituciones. Así, se retomaron las fiestas, los bares y los bailes como espacios de encuentro y, lógicamente, la sexualidad pasó a formar parte del registro relacional de la juventud. Ya en el siglo xx, coincidiendo con las reivindicaciones del movimiento sufragista, las mujeres comenzaron a saltarse la prohibición de hablar de sexo. Las reivindicaciones de los derechos de la mujer fueron también un elemento liberador en el ámbito de la educación sexual y pusieron sobre la mesa la existencia de una doble moral respecto de la sexualidad en los hombres y en las mujeres. En este sentido, y en esa misma época, el impacto de la obra de Sigmund Freud fue de-

terminante para poner en evidencia dos hechos: que los infantes son sujetos sexuales desde el nacimiento, de modo que se desmonta la visión de la infancia inocente y se da a la sexualidad una nueva dimensión ligada no solo a lo genital, sino también a los afectos, y que la sexualidad de los hombres y de las mujeres de la época iba más allá de la apariencia de respetabilidad, y la infidelidad —en su sentido moral clásico—, la prostitución e incluso el incesto formaban parte de las conductas de las personas adultas de la época.

Freud tenía buen conocimiento de estas realidades, ya que con el desarrollo del método psicoanalítico podía acceder a las historias de vida de sus pacientes, que le confiaban su intimidad, y si esto era importante en el caso de los relatos de los varones, lo era también de una forma muy especial en el caso de las mujeres, hasta ese momento silenciadas en el mundo científico. Pero también es cierto que Freud contaba con un importante sesgo en sus investigaciones sobre la sexualidad humana, puesto que sus historiales clínicos pertenecían en su mayoría a personas con una posición económica acomodada. Los psicoanalistas que trabajaron con niños y niñas, con Melanie Klein a la cabeza, y la llamada izquierda freudiana, liderada por Wilhelm Reich, que trataba con pacientes en situaciones más desfavorecidas, dieron consistencia al enfoque psicoanalítico de la sexualidad.

Durante todo el siglo xx se mantuvo una tensión entre la visión que la moral religiosa pretendía impo-

ner de la sexualidad, y los movimientos progresistas que intentaban liberarla y la dirigían hacia una forma más natural de entenderla dentro del contexto social. Así, en un contexto en el que la visión puritana de la sexualidad seguía teniendo tanta fuerza, la influencia del feminismo y de los movimientos socialistas, la divulgación del psicoanálisis y la popularización de los trabajos de Reich, Kinsey, Master y Johnson mantuvieron el impulso que derivó en la revolución sexual de los años sesenta, que tuvo su colofón en el Mayo del 68.

Son hitos de este proceso el desarrollo de los métodos anticonceptivos, la invención y la popularización de los vibradores, el uso de tampones para la menstruación, la minifalda, el bikini, el toples, el nudismo, la visibilización y la defensa de los derechos de colectivos de lesbianas, gais, transexuales y bisexuales (LGTB), etc.

Debemos tener en cuenta que esta evolución fue irregular en los países occidentales a lo largo del siglo pasado y que avanzó más rápidamente en los países anglosajones y en los del norte de Europa después de la Segunda Guerra Mundial, frente al retraso que presentaba, por ejemplo, España, que se encontraba bajo la influencia del nacionalcatolicismo, que tenía todo el poder para dictar doctrina en lo referente a la moral sexual. Tanto es así que hasta principios de los ochenta no apareció en nuestro país ningún contenido de educación sexual dentro de los programas oficiales del Ministerio de Educación.

La película *Mustang*, de la directora Deniz Gamze Ergüven (2015), nos ofrece un interesante ejemplo de cómo los condicionantes socioculturales son determinantes en el acceso de los jóvenes a la sexualidad. El filme narra la pubertad y la adolescencia de cinco hermanas en un pueblo rural de Turquía y cómo la fuerte moral religiosa y heteropatriarcal intentará arrancar de raíz cualquier posibilidad de vivir libre y autónomamente la propia sexualidad.

En un análisis que vaya más allá de las circunstancias concretas en las que se desarrolla la historia, y asumiendo el fuerte contraste con la desublimación represiva y la hipermercantilización que caracterizan la vivencia de la sexualidad adolescente en nuestras sociedades hipermodernas, se hace patente la existencia de una moral sexual cultural predominante que interfiere de forma muy notable en el desarrollo de una sexualidad natural. Es el mismo conflicto que Freud (1908) esbozó en su artículo «La moral sexual “cultural” y la nerviosidad moderna», que Reich desarrolló en obras como *La irrupción de la moral sexual*, *La lucha sexual de los jóvenes* o *La revolución sexual*, y cuya investigación continuaron los freudomarxistas de la Escuela de Frankfurt. La represión sexual, en sus diferentes formas, es fuente de patologías.

Foucault analiza este desarrollo histórico en su *Historia de la sexualidad* e introduce otro factor de análisis que cuestiona la teoría de la represión de la sexualidad. Para este autor, a partir del siglo XVII proliferaron los discursos sobre el sexo, que crearon un dispositivo de control, ya que de una u otra mane-

ra todos son coactivos. De esta forma, la «voluntad de saber» sobre la sexualidad encubre una auténtica «voluntad de poder y dominación» sobre la libertad sexual de las personas.

Por lo tanto, para entender el lugar que la sexualidad ocupa en la adolescencia en la actualidad debemos prestar atención al contexto sociocultural en el que nos encontramos, ya que ambos conceptos, sexualidad y adolescencia, están determinados por dicho contexto.

En los años cincuenta del siglo pasado Marcuse (2010) acuñó el término de *desublimación represiva*, con el que intentaba explicar que en sistemas sociales de consumo la libertad sexual es aparentemente amplia, y que todo lo que se refiere al sexo tiene valor comercial. Se trataba, según Marcuse, de liberar la sexualidad de formas que debilitan la energía erótica, dispersada sobre los negocios, la política, la publicidad, etc. A partir de la segunda mitad del siglo xx, en cambio, el mundo del sexo empezó a desplazarse desde el ámbito de lo privado hasta el espacio público, y lo que antes habían sido prohibiciones y tabúes se había convertido en la puesta en escena de la sexualidad.

Estos cambios, sin embargo, conllevan una serie de riesgos: un acercamiento a la sexualidad que a menudo la banaliza y la simplifica, y que puede estereotiparla de nuevo a través de modelos que resultan frecuentemente inalcanzables o producen confusión. En la posmodernidad tiene, como mínimo, la misma importancia lo que las cosas parecen que lo que son en realidad, de modo que surge el simulacro y la representación social de la sexualidad. A medida que «el mercado» ha ido imponiendo sus normas a nuestra forma de vida, la sexualidad ha adquirido también la dimensión de producto, de algo que podemos comprar, vender y consumir. La sexualidad ha llegado a ser, por lo tanto, un objeto de publicidad, de moda, de producción. Lenore (2017) hace referencia a cómo el escritor y cineasta Pier Paolo Pasolini advertía en sus últimas obras sobre esta deriva cuando afirmaba que la libertad por la que él había peleado tanto nos acompañaba todos los días en forma de falsa tolerancia concedida desde arriba.

Lévi-Strauss (1981) consideraba que lo natural y lo cultural se enfrentan en el terreno de la sexualidad. De hecho, Bauman (2005) afirmaba que el deseo sexual es el más intrínsecamente social de todos los impulsos naturales humanos. Dentro de su teorización de la *modernidad líquida*, caracterizada por seres humanos sin referentes sociales, culturales o individuales estables, el deseo sexual llega a ser también inestable, en un mundo en el que el compromiso mutuo se diluye. Así, la sexualidad puede aparecer en todos los

ámbitos, pero no parece tener fijación o sostén en ninguno de ellos. Para Bauman la sexualidad se presenta desligada de otros aspectos de la vida, como una suerte de «sexo puro» que no sirve para otro objetivo que no sea el placer. Para el *homo sexualis* de la modernidad líquida, la línea que separa las manifestaciones sanas del deseo sexual de las perversas está desdibujada.

La eclosión de las nuevas tecnologías de la información y las redes sociales es un elemento determinante en la forma en que se establecen actualmente las relaciones. Parece que ya no podemos vivir sin ellas, pero vale la pena recordar que Facebook se creó hace apenas doce años, Twitter hace tan solo diez y WhatsApp hace seis. Sin embargo, podemos observar cómo el uso masivo de estas aplicaciones ha cambiado la manera en que nos comunicamos y nos relacionamos, hasta el punto de haber modificado también el paisaje de nuestras plazas, restaurantes y medios de transporte. El uso mayoritario de unas herramientas de comunicación tan potentes en un periodo de tiempo tan breve supera con creces la capacidad que la propia sociedad tiene para educar a sus usuarios. La educación ha quedado relegada a un segundo plano que tiene que luchar para hacerse un hueco frente a la hegemonía de un consumismo individual masivo.

La comunicación en las redes sociales se caracteriza por la degradación de la palabra y la ausencia del cuerpo. La primera nos indica un deterioro de la re-

lación entre significativo y significado y, por lo tanto, un debilitamiento de la capacidad de pensar. La segunda nos sitúa ante un nuevo imaginario, fruto de nuestras propias proyecciones y de las representaciones ajenas, sin sustancia ni vida propia. La relación se produce, además, entre identidades construidas con esta finalidad; así, en este espacio imaginario en el que un supuesto yo se dirige a otro supuesto yo, los límites son demasiado difusos. Sin duda es más difícil desarrollar empatía ante un sujeto virtual desde la construcción de un personaje también virtual. En definitiva, la sexualidad que circula por las redes sociales, con el cuerpo, la palabra y la presencia de la otra persona diluidos, se convierte en algo excesivamente narcisista.

Han (2014) en su libro *La agonía del Eros*, habla de la sociedad actual como una continua comparación de todo con todo, en la que tendemos a lo que él denomina «el infierno de lo igual», y concluye que el eros no puede alcanzarse en el régimen del yo y que la libido se invierte mayoritariamente en la propia subjetividad. En este sentido, y apoyándose en Braudillard, afirma que la pornografía aniquila la sexualidad y que es incluso más eficaz que la represión moral.

Para Han, el principio de rendimiento que actualmente domina todos los aspectos de nuestra vida también se ha apoderado de la sexualidad, que aparece como objeto de consumo y como cálculo hedonista.

Lipovetsky (2016) describe en las sociedades hipermodernas una sexualidad desligada de la moralidad, que tiene valor en sí misma como facilitadora de la satisfacción individual, como actividad ociosa sin compromiso ni consecuencias. Sin embargo, con esa imagen publicitaria de la sexualidad contemporánea conviven altos porcentajes de problemas de erección, eyaculación precoz, deseo sexual hipoactivo y baja frecuencia de relaciones sexuales. Esto último parece lógico si tenemos en cuenta la tendencia al aislamiento que caracteriza nuestro contexto social, pues lo que entra en juego a la hora del encuentro sexual no es tanto el acto en sí mismo, sino la presencia de un otro que responda física y emocionalmente a los propios actos y presencia. Así, afirma que en la era del sexo divertido ha aparecido también la «banca-rrota del deseo».

La adolescencia también ha cambiado en este contexto: ha dejado de ser un periodo de transición, más o menos breve, entre la infancia y la vida adulta para pasar a ser la etapa de la vida que más deshabilidad social genera. De una u otra manera, la adolescencia ha cobrado un protagonismo en nuestra sociedad que la ha convertido en referencia, y esta nueva realidad nos concierne a todos: los niños quieren ser adolescentes y los adultos, también. La ropa, los gustos y los intereses adolescentes marcan la tendencia.

El adolescente afronta así una adolescencia hipertrofiada, a la que no se atisba un fin definido más allá de sostenerse eternamente en lo que hoy se llaman *adullescencias*. Y desde ese mundo indefinido afronta su sexualidad, impelido a consumirla y consumirla, con la premisa del «todo es posible», que hace referencia a un continuo imposible.

Y todo ello reducido a un universo comunicacional de ciento cuarenta caracteres que debe dar cuenta de toda la complejidad y la diversidad sexual, como si la fórmula del agua (H₂O) pudiera resumir en sí misma la vida de un océano.

La paradoja es que, en un momento social en el que la diversidad sexual parece tener mayor visibilidad, hasta el punto de que se aprueban protocolos dentro del sistema educativo para garantizar el derecho a la identidad de género, la expresión de género y la intersexualidad, como recientemente ha hecho la Comunidad Autónoma Valenciana, o en el que los jueces autorizan cambios de nombre y de sexo en el documento de identidad de menores transexuales, también se habla de una tendencia hacia modelos de relación fuertemente heteropatriarcales, coitocentristas y machistas en la adolescencia.

CRISIS GLOBAL. CRISIS RELACIONAL. CRISIS DE AFECTOS Y SEXOS

En la sociedad actual es común que aparezca una connotación negativa asociada a la palabra *crisis*. De hecho, una de las entradas de la Real Academia Española (RAE) la define como «situación mala o difícil». Desde esta perspectiva, y teniendo en cuenta que el periodo evolutivo de la adolescencia está caracterizado por una crisis de identidad, parece obvio el paralelismo que se establece en ocasiones entre adolescencia y «periodo difícil». Esta asociación puede influir en el sentimiento adolescente de incompreensión y, al mismo tiempo, en la vivencia de falta de capacidad de las personas adultas para hacer frente a esta etapa desde la contención emocional y la guía propia de los que deberían estar en el lugar del saber.

Si tomamos como referencia otra de las definiciones de la RAE, «Cambio profundo y de consecuencias importantes en un proceso o una situación, o en la manera en que estos son apreciados», podemos

aproximarnos a la adolescencia como un periodo de crecimiento personal y de cambio en el que se presenta la posibilidad de abordar la entrada al mundo adulto desde un sinfín de posibilidades o de oportunidades, para ir acercándose al tipo de persona que se desea ser en toda su complejidad (que no dificultad).

En un contexto sociocultural en el que la idea de crisis es omnipresente (económica, medioambiental, alimentaria, generacional, política, institucional, etc.) no se puede negar la existencia de un tiempo crítico también con respecto a las relaciones y los afectos, caracterizado por el cambio y la desorientación. Situar la adolescencia, un periodo intrínsecamente crítico, en un contexto social de crisis tiene repercusiones muy particulares. Una de ellas podría ser que la edad adolescente pasa de ser una etapa de tránsito a ser una edad de referencia, tal y como hemos mencionado anteriormente. La angustia por el incierto porvenir ya no es algo que corresponde a las personas jóvenes que quieren llegar a la adultez, sino que ha calado también en las llamadas personas adultas, hasta el punto de que la adolescencia se ha convertido en una edad deseable. Se podría decir que, puestos a vivir en la incertidumbre, mejor encontrarse en la edad de la duda (la adolescencia) que en la de la pretendida certeza (la adultez).

Las personas adolescentes se encuentran con un cuerpo irreversiblemente sexuado. En palabras de Lasa (2016), las sensaciones corporales se acompañan de movimientos afectivos que van más allá del

ámbito secreto de la intimidad. De este modo, el cuerpo se convierte en un instrumento de relación con el otro; el adolescente siente que su cuerpo lo desvela, lo hace evidente ante el otro. Por su cuerpo es aceptado o rechazado, y se introduce en el mundo social, irreversiblemente sexuado, por medio del cuerpo.

En la hipermodernidad los adolescentes deben enfrentarse a un proceso de cambio común a lo largo de la historia: el de las transformaciones biológicas corporales, que conllevan la sexualización del cuerpo y la genitalización de las relaciones interpersonales. Deben apropiarse de ellos, asumirlos en su identidad y, por ende, definir el significado de la propia sexualidad e integrarla en las relaciones personales.

En este proceso cobra una gran importancia la imagen que se tiene del propio cuerpo, que va unida a la construcción de la identidad personal. Esta se elabora en el contexto de las relaciones personales cotidianas, por lo que el entorno social es indispensable, y es aquí donde el adolescente de la hipermodernidad se enfrenta a un nuevo reto: integrar la identidad sexual en una sociedad en la que los cambios a la hora de abordar y entender la sexualidad son constantes.

Las líneas y las etiquetas desde las que se conceptualizan las formas de entender la sexualidad son difusas y permeables. La sociedad impone un imperativo inconsciente del deber de encuadrarse dentro de una etiqueta que defina lo que somos sin margen de duda, pero, al mismo tiempo, las etiquetas no se presentan como definitorias ni inmutables. Esta realidad genera una sensación de no saber qué hacer y una búsqueda de referentes imposibles de encontrar, pues estos se presentan como «líquidos», en el mismo sentido de la sociedad líquida de Bauman (2016), ya que las condiciones que llevan a un referente estable mutan antes de que puedan consolidarse en unos hábitos o unas formas de ser determinadas. La inestabilidad de lo social cobra ahora un protagonismo fundamental en el sujeto, y, desde esta perspectiva, ya nada está garantizado: los presupuestos anteriores de seguridad proveniente del mundo externo se desvanecen en los diferentes contextos.

En el ámbito económico, ya no está asegurado que los esfuerzos y el buen hacer se correlacionen con la ansiada recompensa final, en un presente en el que el paro y la precariedad envuelven unas expectativas que acaban convirtiéndose en frustración en muchos casos. Los valores se van degradando y la fuerza de la comunidad, el apoyo, la guía y los cuidados del grupo quedan diluidos en un entorno donde lo que se fomenta es la individualidad.

Esta individualidad no se impulsa desde el paradigma de la autonomía, según el cual su construcción

se desarrolla al abrigo de la dependencia de las demás personas, sino que se trata de una dependencia sana, que se desenvuelve paralelamente a la vinculación y que abre la puerta al reconocimiento de la valía y la necesidad de otras personas. La incapacidad de establecer vínculos consistentes favorece la evolución de nuevas patologías.

En el fondo de esta individualidad se desarrolla un narcisismo onnipotente como reacción a un mundo interno frágil. Las personas ven mermadas sus capacidades, pero se envuelven en una coraza que devuelve al mundo una imagen de no necesitar a nadie. Esto ocurre en un momento en el que nuestra forma de situarnos en el mundo ya no puede ser firme, al no estar garantizadas las condiciones externas que creíamos inmutables. En referencia al concepto filosófico de *Tiqun*, Savater (2015, pág. 27) expone:

«La crisis de la presencia no es una cuestión teórica, sino una experiencia radical que nos exige una decisión: reconstruir las defensas en torno a la presencia-fortaleza, declararnos vencidos y dejar de vivir, o bien reinventar la presencia como ser-en-relación.»

Esta disyuntiva, que Savater plantea desde *Tiqun*, supone un reto muy particular para el adolescente de la hipermodernidad, que se encuentra especialmente desorientado en la búsqueda de referentes, un fenómeno que puede entenderse como un efecto de la propia crisis global, o que, en cualquier caso, ha sido

amplificado por ella. Así, la reconstrucción de defensas alrededor de identidades-fortaleza se manifiesta por medio del reafianzamiento en modelos fuertemente heteropatriarcales, y puede entenderse como una reacción a la angustia que supone no saber cómo «ser» en el afecto y la sexualidad. En contraposición encontraríamos un espacio de reinención muy influenciado por el pensamiento *queer* que permite a las personas adolescentes construir su propia orientación sexual, su rol de género e incluso su sexo, como se observa en la incidencia de los movimientos de los colectivos de lesbianas, gais, transexuales, bisexuales, queer e intersexuales (LGTBQI) entre la juventud, o también la difusión social que han tenido colectivos como el de las personas asexuales. Así, se está produciendo lo que Olive (2017, pág. 1) llama «nublar las identidades y conmover los semblantes de lo masculino y lo femenino». El encuentro sexual no queda ligado necesariamente a una identificación, sino que se pone el acento en que cada persona pueda hallar su propia norma y referencia.

Recalcati (2016) afirma que actualmente no es el conflicto lo que marca la crisis intergeneracional, sino una confusión generacional que confunde a hijos y padres en una misma amalgama en la que las diferencias son matices. La inquietud del adolescente no se centra en la angustia generacional, sino en la pérdida de la diferencia.

Los referentes de la sexualidad adulta que se reciben en la adolescencia están desvinculados del inter-

cambio comunicativo entre estas dos generaciones. En la adultez se continúan teniendo dificultades para mantener una comunicación honesta y natural sobre esta temática y, en muchas ocasiones, los asuntos que se abordan sobre sexualidad están centrados en hechos y no tanto en sentimientos y afectos, con una tendencia a la moralización que conlleva un distanciamiento mayor entre ambas generaciones. También suele suceder que el aprendizaje sobre la sexualidad se delega a espacios institucionalizados como la escuela y, como bien sabemos, todavía existen muchas carencias a la hora de tratar este tema. Así, las enfermedades de transmisión genital o los «peligros» de las conductas sexuales suelen acaparar el protagonismo de los programas de educación sexual.

En este contexto, las personas adolescentes van generando su imagen de la sexualidad por la información proveniente de los medios de comunicación y las tecnologías de la información. Desde estas plataformas se les presenta una intensa tensión de género, no solo en las noticias, en las que aparecen a diario diferentes formas de violencia machista concretadas en agresiones y muertes, sino también por medio de ataques a la intimidad personal y corporal basados en la fuerza y la apropiación de un cuerpo que se despoja del vínculo sensorial y humano junto con el ser al que pertenece, de modo que se normaliza un marco en el que cada vez se hace más patente un analfabetismo relacional.

Además, los medios de comunicación siguen perpetuando los estereotipos de género mediante anuncios que muestran roles diferenciados entre los sexos y cuerpos mercantilizados y/o sexualizados en contextos no naturales. En cambio, estos cuerpos sí se censuran allí donde deberían aparecer de una forma natural; por ejemplo, en infinidad de películas, en las que los genitales son obviados en escenas de sexo y se presentan como impúdico lo natural y lo real. Por todo ello, en la adolescencia se recurre cada vez más a la pornografía como fuente de aprendizaje, sin un acompañamiento adulto para poder ir más allá de la imagen concreta. Este acompañamiento permitiría que se accediese a la pornografía con las lentes del pensamiento crítico y que se adquiriese una visión más amplia para descifrar nítidamente los mensajes ocultos, como los referentes inalcanzables o los diferentes roles. Se debe tener en cuenta que en el marco actual la pornografía forma parte de la realidad de nuestros jóvenes, por lo que nuestra función como profesionales y adultos no sería censurarla, sino que debemos actuar como la guía que fomente el análisis crítico. De esta forma se podrían establecer los matices de la pornografía y no tomarla como una representación de lo real.

Por último, pero no por ello menos importante, la eclosión de las tecnologías de la información y las redes sociales como espacio virtual en el que se construyen identidades, se establecen relaciones y se viven afectos y emociones abre una nueva dimensión para

la vivencia de la sexualidad. Y se trata, además, de una dimensión todavía joven, con un desarrollo muy rápido que se caracteriza también por el cambio continuo. No en vano Callejo y Gutiérrez (2012) definen las redes sociales como máquinas de comunicar que «producen adolescencia», y como un espacio relacional regresivo en el que se reconocen los adolescentes entre sí, a pesar de la pluralidad de las identidades e incluso de la desaparición de la «carga de identidad».

Teniendo en cuenta todos estos factores, la adolescencia hipermoderna debe asumir el reto de ser y de estar con la otra persona en un marco cada vez más cambiante e indefinido. La angustia por el encuentro se multiplica y la necesidad de espacios para pensar y para sentir se hacen imprescindibles en el proceso de encontrarse y de encontrarnos; somos seres únicos en un mundo marcado por la presencia de un otro que nos despierte la emoción y nuestra esencia somatopsíquica y sexual.

La crisis adolescente, en un mundo en crisis de los afectos, es un proceso que tiende a cerrarse sobre sí mismo en un eterno bucle narcisista. La sexualidad es una energía que recae siempre sobre la satisfacción del yo y, por lo tanto, defensiva, que se agota en el propio sujeto. El sexo es un atributo individual que poco o nada tiene que ver con el encuentro con la otra persona, que aparece en todo caso como medio o como espejo.

Pero si la crisis es cambio, de este siempre surge la oportunidad y en la práctica hemos constatado que en la adolescencia, entre la maraña que constituye la confusión libidinal y objetal, hay un hilo que conduce a la búsqueda del placer y la autonomía, que permite llegar más allá de la eterna repetición.

DEL EROS VELADO AL EROS DESUBLIMADO. EL DESEO (IN)SATISFECHO A GOLPE DE UN CLIC

A principios del siglo xx, Freud (2012) publicó sus *Tres ensayos sobre teoría sexual*, en los que avanzaba en sus estudios sobre el desarrollo psicoafectivo y establecía que la sexualidad es una dimensión del animal humano que afecta a todas las edades de la vida, y de forma muy especial a la infancia. La sexualidad infantil era entonces un tabú, en la medida en que lo sexual tenía una connotación socialmente perversa que no se podía atribuir a la inocente infancia. Desde nuestro punto de vista, las acusaciones que sufrió Freud de pansexualista y perverso por considerar a los niños sujetos sexuales no eran más que una proyección masiva sobre él por poner al descubierto la doble moral sexual característica de la burguesía en aquellos tiempos.

Así, el eros velado situaba la sexualidad siempre en el terreno de lo íntimo, de las sombras, del pecado. De ahí que posteriormente Reich (1970 y 1974) escribiera *La revolución sexual* y *La lucha sexual de los jóvenes*, en favor de una liberación de las costumbres que situara la sexualidad como algo natural, por más que necesariamente deba estar regulada por el consenso social. El control de la moral sexual que regula la expresión emocional y las relaciones personales es una potente herramienta de vigilancia social, como puso de manifiesto Foucault (2006) en *Historia de la sexualidad*. Cualquier intento de politizar lo sexual en un sentido de liberación ha tenido siempre un gran potencial transformador al que las estructuras de poder han respondido de forma contundente con diferentes formas de represión y control. En este mismo sentido, Pasolini (2014) ironizaba en el título de su libro: *Demasiada libertad sexual os convertirá en terroristas*.

Para Freud, citado en la publicación de Laplanche y Portalis (2007), sublimación, proyección y represión son las transformaciones de los instintos mediante las cuales se produce la socialización del animal humano. Es lo que el mismo Freud llama «transformación del principio del placer en principio de realidad». Reich (2001) matizó y desarrolló que la libido pregenital debe sublimarse con la socialización, mientras que la genital es el elemento esencial sobre el que pivota nuestra salud emocional y no debe de ser sublimada. En los años cincuenta, Marcuse (2010), inspirado por estos postulados sobre la se-

xualidad, acuñó el término de desublimación represiva. Con él intentaba explicar que en sistemas sociales de consumo la libertad sexual es aparentemente amplia, y que todo lo que se refiere el sexo tiene valor comercial. La sexualidad deja de ser un principio autónomo que impulsa al ser humano y se transforma en lo que este autor define como «una función temporal especializada», un medio para alcanzar un fin.

El concepto de Marcuse es muy adecuado para tratar esta cuestión en la actualidad. Más de medio siglo después observamos que la sexualidad ha saltado de manera muy notable al espacio público. A partir de la segunda mitad del siglo xx el mundo del sexo ha abandonado con intensidad las alcobas, las estancias de la privacidad, para llegar a las calles, a las pantallas y a las aulas, aunque esto último, paradójicamente, ha sucedido en menor medida. El deseo y el erotismo quedan ahora al descubierto, y predomina una cierta exhibición frente a la censura de etapas anteriores, que refleja una exuberante variedad de prácticas sexuales con sus estéticas correspondientes.

Las tecnologías de la información y las redes sociales han facilitado la focalización de la libido en los ideales de éxito y rendimiento. La adolescencia contemporánea vive inmersa en una doble realidad presencial y virtual. En el mundo virtual lo erótico queda desplazado por una sexualidad sin límites, sin objeto real. En estudios estadísticos publicados por EuropaPress (2014), se manejan datos según los cuales más de la mitad de los menores de edad han visto

pornografía en la red, y un 4 % de los menores de entre once y doce años reciben contenidos de índole sexual en el móvil. Sen (2017), citando a Nancy Jo Sales, señala que en Estados Unidos el consumo de pornografía en internet comienza a los seis años y que los *sexting rings*, en los que fotografías de adolescentes desnudos se comparten en amplios grupos, existen en la mayoría de institutos.

El riesgo que se corre, según Recalcati (2016), es convertir las pantallas en un espejo de mundos encerrados en el que la autorreferencialidad se convierte en mortífera. Para Alba (2017), el cuerpo ha quedado desplazado como lugar de la experiencia y las cosas ya no suceden en el sitio donde estamos físicamente. Lo virtual se constituye como un espacio que se pretende erótico precisamente por medio de la negación del cuerpo.

Según el informe de 2012 del Instituto de la Juventud (INJUVE), el porcentaje de jóvenes que ha tenido su primera relación con penetración antes de los quince años se ha más que duplicado entre 2004 y 2012: ha pasado del 5,2 % al 12,3 %. Lo que se cuestiona son las razones de este aumento, así como la calidad de estas relaciones sexuales. Actualmente se pone en evidencia la erotización cada vez más temprana de la infancia, sobre todo de las niñas, que se manifiesta en la forma en que las personas jóvenes se visten, bailan y posan o se exhiben en redes sociales, de modo que connotan una identidad sexual que la clínica nos revela como vacía de deseo, que única-

mente es el resultado de un ejercicio de representación en busca del éxito productivo, material.

Para Gordóvil, citada en Sen (2017), con este proceso se corre el riesgo en estas edades de perder la espontaneidad, el disfrute y la creatividad. La infancia y la juventud como mercancía sexual pueden rastrearse en la publicidad y en las películas, series y programas de televisión. Así, se empieza a hablar de una *hipersexualización* de la infancia. A la *Lolita* de Vladimir Nabokov la ha seguido el contemporáneo *Lolito* de Ben Brooks, púberes para los que la sexualidad es una herramienta de poder y subsistencia en un mundo donde el peso del afecto narcisista es predominante. De este modo, el valor de la joven estaría ponderado por la mirada de un otro que la evalúa como objeto sexual a partir de modelos estandarizados, basados en la hiperproducción de imágenes y la confusión de edades. Los cuerpos y las ropas son transversales a la edad. Las niñas de diez años bailan *twerking* en los festivales de fin de curso para disfrute de sus progenitores, y las modelos de ropa interior tienen una edad percibida indefinida que va desde la primera pubertad hasta la adultez.

La película *Kids*, de Larry Clark (1995), relata la realidad cotidiana de un grupo de jóvenes en su primera adolescencia que viven en una espiral de drogas, sexualidad y autodestrucción, sin la intermediación de figuras adultas. En su momento la película resultó escandalosa por lo que revelaba de la sexualidad descarnada entre púberes, cargada de estereoti-

pos, violencia y enfermedad. A pesar del estupor inicial, la clínica actual nos muestra que esa es la forma, cada vez más frecuente, en la que la juventud de nuestro tiempo se acerca a la sexualidad, sin ningún tipo de referencia ética que le permita organizarse mental y físicamente en un espacio relacional habitado por *otros-semejantes-que sienten*.

No cabe duda de que ha habido importantes avances en este tiempo, ya que se muestra la sexualidad y se habla de ella, existe una importante producción científica sobre el tema, sociedades sexológicas, estudios de posgrado en sexología, gabinetes de orientación, etc. De esta manera, aspectos como la sexualidad en las mujeres, la sexualidad a lo largo del ciclo vital, la diversidad sexual o la educación sexual pasan a cobrar un mayor protagonismo en el espacio social.

Planteamos aquí nuevamente la importancia de lo que pueden suponer estos cambios, ya que se podría establecer una banalización de la sexualidad, donde lo estereotipado esté a la orden del día y, por tanto, el producto resultante sea permanentemente el equívoco. Aquí es donde se daría la pantomima social de la sexualidad. Dicha sexualidad que aparece en el espacio público se convierte en modelo, en referente social, con su función informativa y educativa, que puede acabar derivando en desinformativa y deseducativa.

Seguimos así observando cómo la sexualidad pasa a formar parte del capitalismo hipermoderno y adquiere los atributos propios de una mercancía. La se-

xualidad ha adquirido el estatus de producto, llegando a alcanzar incluso entidad propia, donde el contexto sexual es el elemento más visible y las personas pasan a ser vehículos para ejemplificarlo. La libido se ha integrado en la producción y en la circulación de mercancías. Esta desublimación de lo erótico suministra placeres sustitutivos que diluyen el potencial de la sexualidad como fuerza de cambio personal y social. Se genera así una seudoliberación sexual. Eloy Fernández Porta, premio de Ensayo Anagrama 2010, titulaba su trabajo €R0\$: *La superproducción de los afectos*, y hacía referencia precisamente a esta mercantilización de la sexualidad.

Y a pesar de todos estos cambios, y también por ellos, ¿no subsiste todavía un desfase entre el pensamiento y la sensibilidad en materia de moral sexual por una parte y la vida sexual de una gran parte de la población por otra? Recordemos que tanto la ley que reconoce el derecho al matrimonio de las parejas del mismo sexo, de julio de 2005, como la Ley orgánica de marzo de 2010 sobre salud sexual y reproductiva y de la interrupción voluntaria del embarazo tuvieron una importante contestación por parte de grupos sociales, políticos, religiosos y mediáticos. La paradoja está instalada en el propio corazón de la revolución sexual, y podemos poner como ejemplo a Talese (2011) con *La mujer de tu prójimo*, obra en la que se relatan los cambios en la vida sexual de los estadounidenses en la segunda mitad del siglo xx con la historia de Anthony Comstock, un adicto a la por-

nografía que se convierte en su más acérrimo censor. En este sentido, la doble moral denunciada por Freud respecto a la forma como la sociedad burguesa vivía la sexualidad a principios del siglo xx sigue estando presente en otras manifestaciones en el mundo contemporáneo.

El Parlamento Europeo abordó la hipersexualización de la infancia, alarmado por el aumento de imágenes sexualizadas de las niñas y los niños de entre seis y trece años. Según este organismo, citado en Sen (2017), la sexualización conlleva la imposición de una sexualidad adulta a la niñez, que no presenta un desarrollo ni emocional ni psicológico ni físico adecuado. En este mismo artículo, Sen (2017) expone que la Comisión de Derechos de la Mujer e Igualdad de Género planteaba como conclusiones que algunas de las consecuencias de este exceso de erotización de la infancia eran la pérdida de autoestima de las personas jóvenes, el crecimiento de los trastornos de alimentación y el aumento de violencia machista contra chicas muy jóvenes.

El trabajo educativo y clínico con adolescentes pone de manifiesto que la juventud hipermoderna no sabe qué es el placer. Su deseo se centra en ella misma y su propia imagen, lo cual la lleva a una fijación narcisista que tiende a retroalimentarse. No hay suficientes «me gusta» en el mundo cibernético para que se saticen afectivamente. El cuerpo del otro es una pantalla, apenas un reflejo. La desublimación represiva consigue su efecto de control de la sexualidad. Pero,

además, la persona joven ya no siente la necesidad de luchar por conseguir aquello que cree tener, la posibilidad de vivirse y de vivir al otro desde una dimensión sexual humana. La decepción sexual adolescente en la hipermodernidad está renegada, obturada bajo una sobreexposición de imágenes erotizadas que reproducen un cuerpo irreal de erotismo gimnástico y textura sintética.

Urólogos, farmacéuticos, psicólogos clínicos y sexólogos observan cada vez con mayor frecuencia el uso de medicamentos como Viagra entre la población más joven. Los profesionales sitúan la causa en el estrés, el miedo a «no dar la talla» y el uso de anabolizantes. Las dificultades para acceder al placer sexual quedan así en evidencia. En palabras de Bellido (2017), «la fantasía fálica del hombre está puesta en la magia de la pastilla azul». Para un joven que tiene dudas acerca de su sexualidad, la pastilla asegura su falicismo público a precio de la eterna insatisfacción que le reporta la duda sobre sí mismo. El acceso a estos fármacos es cada vez más sencillo, y pueden encontrarse incluso en Amazon: la erección garantizada y servida a domicilio. No hay tiempo que perder cuando el objetivo sexual es productivo y representativo. El placer del encuentro tendrá que reservarse para otro momento.

LA DECONSTRUCCIÓN DE LOS ROLES DE GÉNERO Y LA ADOLESCENCIA SIN MAPA

El cuestionamiento de la sociedad patriarcal, en la que lo masculino domina y ejerce su poder sobre lo femenino, ha ocupado buena parte de las luchas sociales de las últimas décadas. El patriarcado puede entenderse como su sistema de relaciones sociales sexo-políticas. Lenner (1990) hace referencia a este como la manifestación e institucionalización del mando masculino sobre la infancia y las mujeres de la familia, así como sobre las mujeres de toda la sociedad. Este dominio institucionalizado de lo masculino, como todo artefacto de poder, tiende a reproducirse.

Se puede afirmar que el feminismo ha escrito algunas de las páginas más brillantes de los movimientos sociales en el siglo xx. Gracias a estas luchas feministas se han logrado importantes conquistas en materia de igualdad. También han sido muy significativas las luchas y las conquistas de derechos de los

colectivos de gais y lesbianas, pero una observación atenta nos permite ver que en este ámbito nos encontramos también en una nueva encrucijada. La incorporación de las mujeres al espacio público se ha producido frecuentemente a cambio de asumir valores y actitudes fálicas, lo cual podría dar como resultado, en lugar de una feminización de este espacio, una masculinización de lo femenino. La sensibilidad, la calidez o la capacidad de acoger pueden quedar relegadas a un segundo plano una vez más.

Los cambios que se están produciendo en los roles de género nos pueden liberar de los estereotipos paralizantes de un orden social y moral patriarcal que nos enferma. Paralelamente, la indefinición de los nuevos referentes nos dificulta el acceso a un apoyo cultural básico para la constitución de la identidad sexual y personal.

Sabemos que la construcción de la identidad es un proceso complejo actualmente dentro del discurso heteronormativo, y aunque las alternativas se esbozan, con frecuencia no son suficientemente claras o accesibles para los adolescentes. En todo caso, la percepción social de la normalidad, en cuanto a las diferentes manifestaciones de la sexualidad y el género en los adolescentes, dista mucho de ser igualitaria.

Esto sucede en una etapa de la vida especialmente sujeta a las miradas de fuera y es un factor determinante de un malestar social adolescente.

Los roles de género se van ampliando y se van llenando de matices, pero estas nuevas realidades nos obligan a deconstruir los modelos clásicos para poder integrar la diversidad con toda su riqueza. Este es un trabajo arduo, pues la deconstrucción de lo ya establecido genera resistencias y resulta más fácil pensar en lo diverso como un anexo de lo ya establecido, de modo que queda relegado al espacio de «lo otro» y entra en conflicto por no poder pensarse como una forma más de realidad.

Los recientes debates sobre la transexualidad en la infancia y la adolescencia vuelven a trasladar el eje del discurso sobre la identidad de género al predominio anatómico genital, de manera que se subvierte la vieja formulación freudiana de que la anatomía no es un destino.

En los medios de comunicación comienzan a aparecer frecuentemente noticias sobre las llamadas crisis de la feminidad y la masculinidad. ¿Cómo se puede hacer frente a las nuevas exigencias que se nos plantean como mujeres y hombres en lo público, en lo privado y en lo íntimo?

La construcción de los nuevos referentes está todavía madurando, mientras intentamos tomar distancia de la vieja moral represiva y patriarcal. En este sentido, preocupa ver algunos de los últimos datos del Gobierno de España, que afirman que un 3,2 %

de los chicos reconocen maltratar a su pareja y que un 5 % de las adolescentes admiten ser maltratadas. ¿Podrían estos datos ser la punta del iceberg de un retorno a unos roles de género de fuerte componente machista en la adolescencia?

Esta realidad se va haciendo cada vez más patente con la publicación de diferentes estudios que reflejan lo que los profesionales vamos observando en nuestro hacer. Así, un estudio del Ministerio de Sanidad sobre la evolución de las conductas violentas y los patrones sexistas entre adolescentes de entre trece y diecinueve años, que compara datos de 2010 y 2013, exponía que el porcentaje de chicas que reconocían haber sufrido conductas violentas como insultos o haber sido ridiculizadas pasó del 14 % al 23 % en ese periodo. Otro dato destacable es el del Observatorio contra la Violencia Doméstica y de Género del Consejo General del Poder Judicial (CGPJ), de abril de 2014, que muestra que en 2013 aumentó un 5 % el número de menores maltratadores que fueron juzgados. Estos datos evidencian un incremento de las conductas violentas que podría estar relacionado con la vuelta a algunos de los patrones más clásicos y estereotipados de las relaciones de pareja.

En la clínica observamos cada vez con mayor frecuencia las dificultades en el proceso de construcción de una subjetividad consistente en la adolescencia. ¿Quién soy como mujer? ¿Quién soy como hombre? Y en este lugar de duda e indefinición aparecen también las dificultades para apostar por las relaciones,

ya que la ausencia de una identidad suficientemente consistente dificulta enormemente el compromiso.

Debido a esta indefinición, la conformación de la identidad se hace cada vez más difícil. Los roles tradicionales de género están cada vez más cuestionados, y así se perciben. Sin embargo, observamos una vuelta sin nostalgia a estos roles, como si siempre hubieran estado ahí, en una suerte de naturalización de la tradición obsoleta que resulta atractiva por la claridad y seguridad que representa sobre lo que debe ser un hombre o una mujer frente a lo nuevo, insuficientemente normalizado socialmente y, por lo tanto, peligroso. A fin de cuentas, el adolescente necesita una normalidad en la que construirse y contra la que definirse.

De esta forma, se produce una incorporación a los modelos heteropatriarcales como referentes ante la angustia que produce mostrar una identidad que sea tachada de «anormal» por los demás. Cuanto más se alejan los adolescentes de los roles tradicionales de feminidad y masculinidad, más frecuentemente se produce un aumento de la sensación de amenaza y, por lo tanto, de las actitudes de dominio y sumisión típicas de las posiciones de poder. La percepción de amenaza puede hacerse más patente cuando el adolescente siente que su identidad no es posible debido a la invisibilización o la desnaturalización de otras realidades existentes fuera del binomio hombre-mujer clásico.

La identidad se establece cada vez más por el predominio de la imagen, en un contexto social en el que el impacto de lo visual es determinante, tanto por la utilización constante de pantallas como filtro de la realidad como por el uso del cuerpo como lienzo en el que nos creamos a nosotros mismos, ya no solo por medio de la ropa, sino también de la propia transformación corporal. No se trata de un cuerpo sensible y vivenciado, sino de un cuerpo representado. La construcción de la identidad en la adolescencia hipermoderna requiere, por lo tanto, de imagen, ya que lo que está en juego no es tanto la integración del *self*, sino la expresión narcisista de un yo.

Sin embargo, el problema del rol de género resulta más complejo para la juventud, ya que en su construcción está en juego no solo una representación de uno mismo más o menos asumida como propia, sino también una relación con el contexto social. Aquí la cuestión ya no sería exclusivamente «soy un hombre porque aparento ser un hombre», o «soy una mujer porque aparento ser una mujer», sino también el interrogante acerca del *cómo* ser mujer u hombre en el mundo contemporáneo, y qué connotaciones tiene a nivel relacional y social ese *ser*. O, dicho de otra manera: ahora que hemos conseguido que nuestra imagen sea la que se corresponde con una masculinidad o una feminidad socialmente aceptadas, qué podemos hacer con nuestro género masculino o femenino en la vida cotidiana, en el instituto, con las amigas, con la pareja, cuando visitamos a nuestros padres, etc.

Para el ejercicio del papel que supone el género no solo se necesitan imágenes, sino también elementos de identificación, que implican profundizar en la emoción y las palabras que se esconden detrás del estímulo visual. ¿Cuáles son los modelos de hombres y mujeres más accesibles para el adolescente contemporáneo? Los de deportistas y artistas con sus imágenes de producto estereotipado, con predominio del hiperfalicismo masculino, y el de la mujer como objeto de consumo para el hombre. Desconocemos cómo desarrollan sus roles de género en la vida cotidiana, porque no hay un discurso sobre ello y, en todo caso, cuando lo hay, no interesa. Los mensajes hipermachistas del fútbol, la moda y los artistas juveniles destacan por su intensidad, su frecuencia y su simpleza. Cualquier intento de construir un discurso alternativo requiere un esfuerzo discursivo y vivencial que choca frontalmente con la inmediatez y la superficialidad del «lenguaje común» en el que se mueven socialmente las personas adolescentes. Es difícil competir con clases de educación sexual contra la serie cinematográfica *Fast & Furious*.

La familia parece haber abandonado también su lucha como agente educativo en el rol de género. Cuando Reich (1970) escribía sobre la familia autoritaria como aparato de educación nos hablaba de la reproducción del heteropatriarcalismo mediante las relaciones que padres y madres establecían con sus hijos. En la actualidad se podría pensar que en muchas ocasiones la perpetuación del machismo circula

masivamente por otros canales, ya que la influencia de la familia en el desarrollo de la identidad de los hijos ha disminuido. El tan nombrado ocaso de la figura del padre y la sobrematernización del papel de la madre parecen contribuir a este proceso en el que hijas e hijos han dejado de mirarse en el espejo de sus progenitores para buscar una parte de sí mismos, para mirarse fundamentalmente en el espejo de las pantallas.

Según la teorización freudiana, el complejo de Edipo desempeña un papel fundamental en la estructuración de la personalidad y en la orientación del deseo humano, y en su resolución positiva en la infancia no solo se comienza a hacer una diferenciación de los padres para alcanzar finalmente la autonomía, sino que también se asume la ley de lo social, en la que no todo es posible. La magnitud de los cambios que suceden en el contexto familiar genera nuevas dinámicas relacionales, tanto en roles como en expectativas, y también la aparición de nuevos modelos y vínculos familiares. Debido a las transformaciones sociales que se están produciendo en la configuración y la funcionalidad de las familias, las figuras parentales están más difusas; su presencia en la vida del niño o la niña es menor. Según describe García (2017), la crisis edípica se diluye y queda pendiente para la adolescencia, que, en lugar de ocasionar una reactualización del conflicto edípico, produce una auténtica explosión edípica en la que se cuestiona de forma sistemática y aguda la relación entre chicos y chicas y la

norma, la familia y la sociedad en general. La indefinición de los roles parentales, favorecidos en ocasiones por la ausencia, dispersión, inconsistencia o confusión de las figuras que los desarrollan, puede contribuir de forma significativa a que la transición entre la infancia y la vida adulta sea un proceso marcado por la desorientación.

Así, el predominio del complejo edípico ha sido sustituido por un complejo de Narciso, el joven que se ahoga enamorado de su propia imagen y que, en ese embelesamiento en sí mismo, no puede escuchar la llamada del otro, la presencia del afecto y el erotismo.

Parece que la adolescencia se convierte así en una edad que nos atrapa en un laberinto de difícil resolución. Muchas personas que por edad han entrado ya en la adultez tienen una importante tendencia a vestirse, hablar, y jugar como adolescentes, a intentar que su cuerpo sea como en la adolescencia, y posiblemente a una forma de relacionarse y de acercarse a la sexualidad propia de la adolescencia.

Esta oda actual a la adolescencia se ve reflejada en ocasiones en algunas dinámicas familiares. De este modo, en algunos casos nos encontramos con referentes parentales que, lejos de situarse en el lugar de la autoridad, adoptan la forma de iguales a sus hijos. También en el tema de la sexualidad madres e hijas y padres e hijos llegan en ocasiones a establecer juegos relacionales de rivalidad en los que tiende a producirse una indeferenciación de la apariencia física y com-

portamental. Todos recordamos al Lester Burnham de *American Beauty*, la película de Sam Mendes (1999), enamorado de la imagen sexualizada de una compañera de instituto de su hija adolescente; una obsesión que lo lleva a un mortífero esfuerzo por reconstruir su vida y su cuerpo como el propio de una persona adolescente, con la esperanza de consumir de algún modo su deseo imposible hacia esa niña-mujer.

Todo esto implica que las figuras parentales carezcan de la consistencia suficiente a la hora de afrontar el conflicto de la crisis adolescente, en la que se busca desapegarse e iniciar un proceso de transición, que se ve dificultado por esta dinámica. De esta forma, la visión de las características esenciales propias de la vida adolescente y de la vida adulta se hace más compleja. Ver cómo los que deben comportarse como adultos adoptan papeles adolescentes, y el hecho de que la permanencia en esta etapa esté sobrevalorada puede derivar en un sentimiento de fraude y desprotección y, por consiguiente, la crisis natural de esta etapa podría presentar más problemas y prolongarse más de lo deseado. A la búsqueda de la identidad sexual y del rol de género se añade ahora la búsqueda del significado de ser adulto.

La fascinación adolescente por el descubrimiento de la sexualidad y la genitalidad se diluye con frecuencia con la dispersión del erotismo mediante modelos publicitarios de una sexualidad banalizada. La insatisfacción sexual se disimula con placeres sustitutivos: consumo, drogas, voyerismo morboso, acu-

mulación de objetos o tener la atención fijada en la apariencia. En ocasiones, esta forma de acercarse a la propia feminidad o masculinidad se extiende en el tiempo más allá de los veinte años, con frecuencia más allá de los treinta y a veces incluso bien entrados los cuarenta. Para la persona adolescente y el adulto-adolescente, las relaciones intragénero e intergénero llegan a producir una gran insatisfacción con el tiempo. La posibilidad de aproximarse a las relaciones como un proceso creativo y evolutivo es algo que solo puede desarrollarse desde una subjetividad sólida que, como vemos, en ocasiones resulta muy difícil de constituir.

LA ADOLESCENCIA HETEROPATRIARCAL Y EL RETORNO DE LO REPRIMIDO

En consonancia con el capítulo anterior, en el que se hace referencia a la deconstrucción de los roles de género, debemos prestar atención a lo que hoy en día implica la adolescencia heteropatriarcal.

En la adolescencia se produce uno de los cambios más importantes para el ser humano: se modifican las imágenes que se tienen de uno mismo, se estimulan nuevas conductas y competencias y se transforman las relaciones con el medio familiar y social.

Tenorio (1992) apunta que en este periodo surge la pregunta sobre el sentido de ser mujer o varón,

que suele aparecer acompañada de inquietud. Es importante tener presente que la construcción que se elabore surgirá de los referentes personales (con un gran peso de los referentes paternos) y culturales (en nuestra época, transmitidos sobre todo por los medios de comunicación), que proyectarán en la persona adolescente una imagen tanto corporal como cultural de lo que implica ser mujer u hombre.

Las formas de relación que comienzan a establecerse durante la adolescencia están unidas a la creación de la identidad de la persona, y esta depende esencialmente de tres factores, Coleman (1985):

- el deseo,
- el espejo familiar,
- el espejo social.

Si, tal como se ha ido exponiendo hasta ahora, la construcción de la identidad depende de estos tres factores, cabe preguntarse dónde pueden ubicar el deseo las personas adolescentes que no se sienten ni hombres ni mujeres. Así, si la búsqueda de la identidad es un proceso complejo dentro del discurso heteronormativo, se entiende que esa misma búsqueda fuera de ese marco, en el que se piensa o se trata a los sujetos como «anormalizados», puede ser más difícil o incluso traumática.

Actualmente nos encontramos en un momento en el que la búsqueda y la conformación de una identidad se hace cada vez más difícil y los roles tradi-

cionales de género están cada vez más desmontados. Esto puede provocar una formación reactiva que dé una vuelta desesperada a estos papeles, como forma de aferrarse a lo conocido ante la falta de nuevos referentes (Rodríguez y Lazcano, 2015).

Tal y como hemos mencionado con anterioridad, esta posible incorporación a las formas heteropatriarcales como reacción ante el miedo a mostrar una identidad que sea tachada de «anormal» por los demás puede deberse a que cuanto más se sale la mujer de los roles tradicionales o de los modelos femeninos, y el hombre de los roles de masculinidad, puede aparecer con mayor frecuencia un aumento de la sensación de amenaza y, por lo tanto, de las actitudes de dominio y sumisión típicas de las posiciones de poder. Incidimos aquí en la necesidad de visibilización y naturalización de otras realidades, como forma de debilitar esta amenaza.

Brown (1999, citado en Vargas y Barreras, 2002, pág. 120) expone que la finalidad de las relaciones afectivas en la adolescencia es «encontrar quiénes son, lo atractivos que resultan para el otro sexo, aprender a interactuar en una relación de pareja y ganar estatus en su grupo de pares». Todo esto lleva a pensar que el establecimiento de este tipo de relaciones en esta etapa cobra una vital importancia, ya que se desarrolla una parte de la propia identidad personal y social del individuo.

En un estudio de Rodríguez y Megías (2015) se revela que un 80 % de las personas adolescentes co-

nocen algún acto de violencia entre géneros en parejas de su edad y, en este mismo sentido, se muestran datos alarmantes sobre los modos de relacionarse de estas parejas. Las conductas de control están muy presentes en los dos miembros de la pareja y son normalizadas por ambos. En cambio, en las conductas de violencia la diferencia entre los sexos se hace más grande y se presentan con mayor frecuencia entre los chicos. Muñoz-Rivas, Andreu, Graña, O'Leary y González (2007) coinciden con estos autores en que son los chicos los que ejercen con mayor frecuencia este tipo de conductas, y revelan que la agresión física grave es el tipo de conducta violenta que aparece menos frecuentemente: en un 0,5 % de las jóvenes y en un 1,2 % de los chicos. Tal y como se puede inferir, son más comunes las conductas violentas menos graves.

Al mismo tiempo, la diferencia en los porcentajes entre sexos es más grande en las conductas en las que se requiere ejercer una mayor violencia. Dichas conductas están relacionadas con algunas de las actitudes estereotipadas que conforman el constructo de masculinidad, como por ejemplo la fuerza, la dominancia o el ser activo (Muñoz-Rivas, Andreu, Graña, O'Leary y González, 2007).

Un dato curioso extraído del estudio de Muñoz-Rivas, Andreu, Graña, O'Leary y González (2007) evidencia que el uso de tácticas psicológicas agresivas o y las conductas físicas leves, como, por ejemplo, amenazar, lanzar algún objeto, empujar,

agarrar, abofetear, etc., aparecen con mayor frecuencia entre las mujeres adolescentes que entre sus correspondientes masculinos. Llama la atención que se refiera a este tipo de tácticas como *agresivas* y no como *violentas*, ya que debería entenderse que la agresividad no tiene por qué ser negativa. De hecho, la agresividad en sí misma es una energía neutra innata al ser humano, tiene una función adaptativa y es la responsable de dar el empuje necesario para llevar a cabo una tarea o enfrentarse a una dificultad. En este sentido, la agresividad podría tomarse como una función dinamizadora para el ser humano (Asensio, 1986).

En relación con lo anterior, resulta significativo que abofetear sea considerado una agresión física leve. De hecho, podría suponerse que se considera leve cuando la lleva a una chica hacia un chico, pero que quizá no se entendería de la misma forma si fuese a la inversa. Parece pues que desde la labor profesional debemos hacer un esfuerzo para no usar las lentes heteropatriarcales a la hora de analizar la realidad. Si lo heteropatriarcal tiene tanta influencia en profesionales adultos con una mirada crítica, cabe preguntarse el peso que tendrá en las personas adolescentes influenciables en pleno proceso de conformación de la propia identidad.

Caro (2008) hace referencia al conformismo como una característica que mantiene la violencia dentro de las relaciones afectivas en la adolescencia. Dicho conformismo se presenta como una condición

necesaria para poder mantener la relación amorosa por encima de todo. Es así como se pueden llegar a aceptar conflictos y conductas que, con una percepción más realista, resultarían intolerables y podrían cuestionar el mantenimiento de la pareja.

A pesar de que la muestra de su estudio no es muy significativa, este dato es muy interesante, ya que introduce la duda de si realmente se está produciendo una naturalización de las conductas violentas o si, por el contrario, existe un conformismo al respecto; es decir, si los adolescentes tienen conciencia de que no son conductas aceptables pero las aceptan como algo que no se puede cambiar.

En cuanto a la naturalización de ciertas formas de violencia en la pareja, Pazos (2014) expone que las agresiones psicológicas se perciben como una práctica normalizada tanto por chicos como por chicas, aunque inciden en que este dato debe tomarse con precaución, ya que el efecto del resultado es pequeño, a pesar de que se hayan obtenido resultados estadísticamente significativos.

Aunque no especifican el tipo de violencia ejercida, Amurrio, Larrinaga, Usategui y Del Valle (2010) afirman que las personas jóvenes no identifican de

forma clara las expresiones de dominación masculina como una forma de maltrato y que, además, estas suelen ser la antesala de otro tipo de violencia más explícita, como podrían ser la física o los ataques a la propia intimidad personal y corporal. El no reconocimiento de la violencia que parece que se está produciendo supondría en cierto modo su naturalización como parte de las conductas que integran las relaciones de pareja.

Debemos tener en cuenta que en la actualidad está repuntando el amor romántico como un valor que tenemos que alcanzar, y que este concepto lleva implícita la superioridad del hombre sobre la mujer. Cruz y Zurbano (2012) exponen al respecto que el amor romántico fomenta la separación de roles contrapuestos: hombres protectores, cuidadores, empoderados en su superioridad respecto de las mujeres, que deben ser protegidas y cuidadas. Desde esta perspectiva se presenta a una mujer vulnerable y, de algún modo, inferior y agredible.

En este mismo sentido, De la Osa, Andrés y Pascual (2013) encontraron un cierto grado de acuerdo entre chicos y chicas a la hora de considerar la violencia como una conducta de reacción. Además, en ambos se presentaban diversas creencias sexistas y, con ellas, la justificación de la violencia machista.

Con respecto a la presencia de los mitos de amor romántico transmitidos en la novela *Crepúsculo* de Stephanie Meyer (2005), Blázquez, Sánchez y Manso (2012) concluyen que dichos mitos presentes a lo lar-

go del libro podrían inducir a las personass más jóvenes a cierta forma de asunción de que el desequilibrio de poderes entre géneros es algo normal. Este hecho podría influir a la hora de perpetuar relaciones afectivas que presentan dicho desequilibrio, lo que facilitaría la adopción del poder por parte de los chicos y la sumisión de las chicas.

Debemos tener en cuenta que el valor del amor romántico no es solo un bastión para las parejas heterosexuales, sino que también es un fin que hay que alcanzar, sean cuales sean sus características, para las parejas de otras orientaciones. Marín (2013), en su estudio sobre la presencia de los mitos del amor romántico en las películas de temática lésbica, concluye que estos tienen la misma presencia que en el resto del cine, de modo que participan en la legitimación social de un modelo clásico de pareja familiar que es deseable también para este colectivo. Al mismo tiempo, establece un paralelismo entre este tipo de modelo, influido por los mitos del amor romántico, y la generación de pautas relacionales que llevan a la negatividad, el sufrimiento y la violencia en los mismos términos en que aparecen en las relaciones heterosexuales. Incluso las nuevas iniciativas que se presentan como transgresoras llevan consigo el peso del amor romántico como valía indiscutible dentro de la estructura de la pareja ideal. Una muestra de ello es el cuento *Promise Land*, en el que los protagonistas son dos hombres que se enamoran, pero con los mismos clichés de los cuentos clásicos de toda la

vida. De hecho, sus autores afirman que pretendían crear un «felices para siempre gay». De esta forma, en un intento de alejamiento de las formas y representaciones más clásicas del amor romántico, aparece una forma de perpetuarlo mediante un retorno de lo reprimido, en un bucle sin fin.

SEXUALIDAD NARCISISTA Y ADULTESCENCIA

Siguiendo lo desarrollado por Fandiño y Villarino (2011), hemos tomado el cuerpo obsolescente y las relaciones desencarnadas como manifestaciones sintomáticas de los modos relacionales en los que se centra buena parte del trabajo emocional para preservar el propio narcisismo.

El cuerpo parece haber adquirido en los últimos tiempos una cualidad que proviene de la economía de mercado: la obsolescencia. Este término tiene que ver con el concepto de obsoleto, definido como «anticuado, inadecuado a las circunstancias actuales». El paso del tiempo inevitablemente nos cuestiona como sujetos.

Si la identidad está en gran medida ligada a una imagen estereotipada de características muy juveniles, cumplir años, y el natural efecto de la edad sobre el cuerpo, puede abrir una herida narcisista. Anteriormente, nuestro referente para construir una identidad como humanos era el animal, mientras que ahora nuestro referente de contraste es la máquina informática, y mantener el cuerpo siempre actualizado, con las últimas aplicaciones en perfecto funcionamiento, se ha convertido en una preocupación central. Así, no solamente existe una inquietud por tener un cuerpo perfecto, sino que este debe mantenerse joven, negando la realidad del paso del tiempo, y a la última moda en cuanto a tamaños, formas y adornos. Se prioriza tener un físico atractivo y a la moda sobre cualquier otro tipo de cualidad. El cuerpo joven, delgado, fibroso, adornado y exhibido juega el papel de reclamo sexual, y parece ser que esa representación icónica es la misma para una mujer o un hombre de quince años que para uno o una de cuarenta y cinco, y que a medida que pasan los años aumenta la inversión del tiempo que se dedica al mantenimiento de la apariencia juvenil.

El gimnasio es uno de los grandes espacios de ocio de nuestra época, y su proliferación no parece que pueda ser atribuida únicamente a un crecimiento exponencial del interés por la salud. Entre los más jóvenes también se ha puesto de moda la actividad física de gimnasio para «estar fibrado» o «ponerse petado». El gimnasio reproduce cada vez más el forma-

to de espacio de (des)encuentro donde se realiza una actividad física individualizada, con programas personalizados controlados por aplicaciones informáticas con acceso a internet mediante los cuales podemos escuchar nuestra música o ver nuestras series favoritas mientras hacemos ejercicio.

En la adolescencia se conoce la imagen del cuerpo referente, ya que se trata de un cuerpo modelo estandarizado que llena las pantallas permanentemente. La juventud siente una admiración social por esos cuerpos que podrían ser, potencialmente, sus propios cuerpos. Quienes por su fisiología y/o prácticas tengan la capacidad de exhibir(se) un cuerpo modelo tienen mucho camino avanzado en la carrera de la aceptación social.

Tal inversión narcisista del sujeto en la imagen del cuerpo responde a que esta es un elemento culturalmente privilegiado en la sexualidad, tal y como se percibe actualmente. El (des)encuentro sexual se establece a partir de cuerpos físicos pretendidamente desligados del afecto. Se trata, por lo tanto, de encuentros que constituyen una representación dirigida, por una parte, a uno mismo y, por otra, a presentar una imagen ante los demás.

La representación dirigida a uno mismo pone a la persona adolescente en un rol de espectadora de sí misma en el que el deseo y la motivación se centran en los elementos estéticos y no en los emocionales y sensoriales, de modo que se instala una ansiedad de ejecución que tiene que ver con el éxito de la pose.

Se ensayan posturas y se planea de manera fantasiosa la secuencia de lo que será la relación, tomando como referencia un modelo pornográfico en el que el coito ocupa todas las escenas en sus diferentes manifestaciones. En la fantasía no hay tiempo para la seducción o la caricia; todo el protagonismo recae en un pene hiperactivo cuyo objetivo es llenar todos los vacíos imaginables.

A la hora de presentar una imagen ante los demás entra en juego el otro como elemento definitorio de la identidad personal. Con la exaltación de la propia sexualidad fálica se ejecuta un calculado acto exhibicionista que sitúa a la persona joven en el lugar en el que le gustaría estar en la mirada del otro. La apariencia de belleza y fortaleza, representada para sí misma y para los demás, es el elemento determinante de esta forma de acercarse a la sexualidad. En este cálculo de la propia imagen ante los demás se basa el éxito del Photoshop casero que incluso incorporan de serie algunas de las redes sociales más populares y que permite a la personadar la cara más atractiva de sí misma con la ayuda de un maquillaje digital.

Esta transformación y virtualización del cuerpo, que tiene una función especularizante y espectacularizante, puede convertirse en extrema con lo que podríamos llamar *sexualidad en ausencia del cuerpo*, si entendemos este como una realidad somatopsíquica. Se podría decir que para vivir la sexualidad de esta forma solo se necesita la propia carne frente a sí misma. Esta realidad sexual se beneficia del uso masivo de las

redes sociales, en las que puede haber interacciones con personas reales en un espacio abierto a la idealización de uno mismo y de los demás y a la posibilidad del fingimiento.

Cuando la relación máscara a máscara aumenta, la relación cara a cara se debilita. El vínculo virtual favorece este proceso de desencarnamiento. El prójimo es siempre necesario para poder ser alguien, pero la proporción de su presencia que necesitamos para crear nuestro perfil (identidad virtual) puede sustituirse en buena parte por nuestra habilidad para fingir en las pantallas.

Las relaciones digitales se ligan fácilmente a una proyección narcisista en la que la persona adolescente trata con una multiplicidad de individuos para degustarlos en aquellos aspectos fragmentarios que la complacen, de modo que se reserva la posibilidad de eliminar aquellos que no lo hacen. Así, la persona preserva siempre su narcisismo y evita la frustración y el sufrimiento que forman parte de la condición de la relación con presencia real del otro. También se protege de la desilusión y la desidealización intentando evitar el sufrimiento implícito en la relación con otra persona que la enfrenta a la incompletud, la diferencia, o la dependencia. Reich (2001) señalaba que tanto la capacidad de dar amor como la de alcanzar la felicidad podría compararse con la capacidad de soportar lo desagradable y el dolor, sin que esto conduzca a un estado de rigidez debido a la desilusión que provoca.

Dos derivas de esta narcisización de la sexualidad adolescente son la fascinación que provoca la idea de un futuro cercano en el que sean posibles las relaciones sexuales con androides, y el creciente uso de la prostitución como forma predominante de sus encuentros sexuales. Son, en cualquier caso, modos sexuales en los que el yo queda preservado: ni la máquina ni la prostituta tienen, en el imaginario del sujeto, la capacidad de cuestionarlo, ya que inicialmente están sometidas a su deseo. Es la fantasía de un éxito garantizado, sin la posibilidad de pérdidas en el proceso.

Estos fenómenos de la hipermodernidad son más propios de contextos urbanos donde la soledad y el empobrecimiento sexual se alimentan mutuamente. Esta dificultad del encuentro vacía la relación de contenido real, y el otro queda reducido a una idea, una representación sin materialidad que remite al propio vacío interno. Las defensas narcisistas se alimentan de una huida desesperada de la depresión. También es característico del momento actual que esta realidad afecte a grupos de edad cada vez más extensos en el tiempo en el amplio abanico de la llamada adultescencia, que se extiende desde la adolescencia «tradicional» a lo largo de toda la vida.

En estas condiciones, los encuentros sexuales en la adolescencia, pueden tender a un desarrollo frío, mecánico, gimnástico, en el que el deseo se sitúa en el fantasma del poder fálico, y que deriva en grandes impedimentos para la satisfacción sexual, con el su-

frimiento y las consecuencias en el ámbito de la salud emocional que ello implica. Según Reich (2001), las experiencias dolorosas y la lucha desagradable contra uno mismo son inconcebibles para alcanzar el placer y la alegría de vivir. El camino de acceso al placer sexual no es el mismo que el de la evitación del sufrimiento o el dolor.

En los últimos años ha saltado a los medios de comunicación la preocupación por el auge de las experiencias *chemsex*, encuentros maratonianos de sexo bajo el efecto de drogas estimulantes que comprometen la salud de sus participantes. Pero la novedad del fenómeno recae sobre todo en la intensidad temporal de la experiencia o en la orientación sexual de los participantes, ya que este tipo de prácticas se enmarcan en el comportamiento adolescente y juvenil desde hace más tiempo. Los encuentros colectivos en los que las drogas y el desenfreno enmascaran una vivencia sexual alejada del placer y basada fundamentalmente en el sometimiento han tenido una gran representación en el cine y en las series de televisión. Algunos de los capítulos de *Skins* de Brittain, Elsley y Smith (2007) contienen escenas relacionadas con este tipo de experiencias, así como la ya mencionada *Kids* de Clark (1995). También tenemos ejemplos en las fiestas de hermandades y colegios mayores de las universidades americanas, de las que el cine de Hollywood ha dejado buena muestra, y las crónicas de sucesos reseñan las frecuentes denuncias por abusos en los campus universitarios de los Estados Unidos. Es-

te tipo de denuncias se están visibilizando cada vez más en nuestros campus universitarios y han llegado a organizarse colectivos feministas y estudiantiles para hacerles frente. En la figura 1 podemos observar una pintada de protesta contra estas conductas y actitudes.

Figura 1. Pintada contra las agresiones sexuales

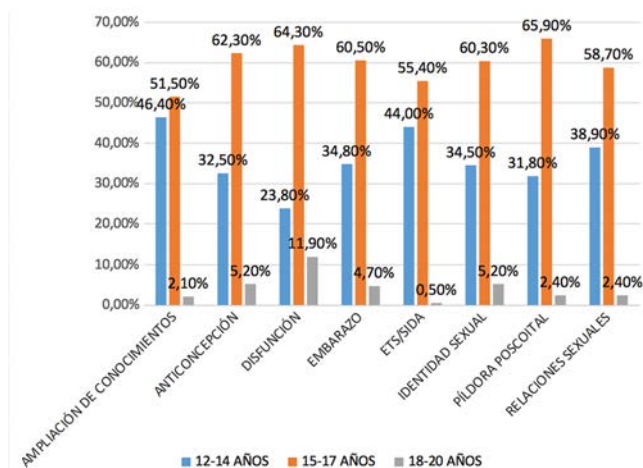


Fuente: elaboración propia (Campus Universidad de Santiago de Compostela, 2017)

Una prueba de estas realidades es la gran demanda de asesoramiento sexológico en la adolescencia. que podemos deducir de los datos de la Escuela Andaluza de Salud Pública, extraídos de un estudio llevado a cabo durante el curso 2009-2010, en el que adolescentes de entre doce y veinte años realizaron 7.014 consultas sobre temas de sexualidad y relaciones afectivas. Estas consultas suponen casi la mitad (48,9 %) del total, muy por encima de las que se re-

fieren a las áreas de adicciones (18,9 %), de estilos de vida (16,5 %), de salud mental (9,1 %) o de convivencia (6,6 %). En las figuras 2 y 3 mostramos dos de las gráficas presentadas en este estudio.

Figura 2. Porcentaje de temas consultados en asesoría individual y grupal, por grupo de edad (2009-2010)



Fuente: Escuela Andaluza de Salud Pública (2012, pág. 9)

Una lectura de estas gráficas nos permite comprobar que existen significativas diferencias en el tipo de consultas realizadas, tanto por sexo como por grupos de edad.

Figura 3. Porcentaje de alumnado que acude a asesoría individual y grupal, por sexo (2009-2010)



Fuente: Escuela Andaluza de Salud Pública (2012, pág. 9)

Las chicas tienden a consultar sobre diversos temas: las disfunciones y la identidad sexual son los que les suscitan un interés menor, y consultan con mayor frecuencia sobre los embarazos no deseados, la píldora poscoital y los anticonceptivos. Por su parte, los chicos muestran un interés centrado en la disfunción y la identidad sexual muy por encima de otros temas, y precisamente los de menor interés para ellos son los que más preocupan a las chicas (el embarazo y la anticoncepción). Este reparto de temas nos orienta sobre la inquietud que la sexualidad genera en los jóvenes actuales, con los varones muy centrados en la identidad y el rendimiento y las mujeres fundamentalmente en lo relacionado con evitar un embarazo.

Si vemos los resultados por grupos de edad observamos que el interés principal entre los más jóvenes (12-14 años) es la ampliación de conocimientos;

en el grupo intermedio (15-17 años), la identidad sexual, y entre los mayores (18-20 años) destaca claramente la disfunción sexual.

En este contexto, si bien la oferta sexológica ha crecido, solicitar la ayuda de un profesional en la adolescencia, ya sea individualmente o en pareja, puede seguir suponiendo asumir una herida narcisista. Esto es una consecuencia de que en el terreno del sexo adolescente es fundamental mantener siempre en pie la apariencia del éxito y la fortaleza, particularmente entre los hombres; por este motivo, en este mismo estudio las chicas consultan más que los chicos, y la diferencia se amplía cuando lo hacen de manera individual.

Si, como sostenemos, la sexualidad es una parte fundamental de la constitución de la identidad del sujeto, la demanda sexológica puede partir de una cuestión más o menos concreta y tener implicaciones globales en cómo se siente la persona respecto a sí misma y su relación con el mundo. La sexualidad implica el cuerpo y la mente, y la capacidad para acceder al placer tiene que ver con la capacidad física y mental de abandonarse a la secuencia del orgasmo según la definió Reich (2001): «tensión-carga-descarga-relajación».

Las defensas narcisistas son enemigas del orgasmo, ya que desvían la búsqueda del placer en el encuentro con la otra persona hacia ejercicios de poder y de control. El narcisismo convierte la sexualidad adolescente en un medio para garantizar, a uno

mismo y a los demás, la prevalencia y la fortaleza de la propia imagen. La presencia de un otro es meramente instrumental; el abandono no puede producirse sin que las defensas narcisistas se diluyan. Solo así se puede acceder plenamente a la capacidad de sentir, de emocionarse.

Esta realidad no sorprende si nos fijamos en la deriva de la salud mental de las personas jóvenes en las sociedades occidentales, de la que la sexualidad es una parte central. El suicidio se ha convertido en la principal causa de muerte entre la juventud europea y han crecido exponencialmente las autolesiones, según datos de la Organización Mundial de la Salud (OMS) publicados en diferentes medios, por lo que sería interesante reflexionar sobre el malestar en la construcción de la propia identidad y las dificultades para afrontar de manera esperanzadora la entrada en el mundo social, en el que el encuentro con el otro está en juego.

LA FUNCIÓN DEL ORGASMO. DEL AFECTO AL ÉXTASIS PASANDO POR EL CUERPO. POR UNA EDUCACIÓN SEXUAL DEL PLACER

El hecho sexual humano es una realidad compleja en la que Reich (2001) situaba el punto de encuentro de la salud psíquica, corporal y social. Esta consideración no es aplicable a cualquier forma de sexualidad, sino a aquella que está integrada en una personalidad adulta. Esta afirmación implica que solo desde la constitución de una identidad suficientemente sólida y desarrollada se puede acceder a la madurez sexual. De esta forma, la adolescencia está sexualmente comprometida, ya que el joven siente que entra en una edad en la que no solo puede acceder a la sexualidad, sino que también debe conquistarla, hacerla suya, incorporarla. En esa búsqueda la sexualidad es fuente de angustia, ya que remite permanentemente a un ideal de fortaleza, flexibilidad, solvencia, seguridad, autenticidad, etc. que subraya inevitablemente

lo que la persona adolescente no es, más allá de la apariencia.

Precisamente en este juego de eterna incompletud entre lo que se es y lo que (todavía) no se es se encuentra el lugar propio, la identidad y, por lo tanto, la diferencia y la diversidad. El sujeto llega a reconocerse como tal, y también a reconocer a un otro al que busca y en el que busca, en la imposibilidad de ese ideal y en su (re)construcción continuada. La búsqueda del placer sexual se convierte así en el proceso de encontrar a alguien fuera de uno mismo con quien alcanzar el éxtasis y la satisfacción, y lleva siempre implícitas la duda, la alarma y la dependencia. Podríamos considerar que uno de los marcadores diferenciales entre el adolescente y el adulto es la capacidad de asumir la propia duda sin que esto suponga un desmonte narcisista.

Desde una perspectiva clínica, la integración de la sexualidad durante la adolescencia puede ser un elemento determinante para poder entrar en la vida adulta, o, en el caso contrario, para realimentar las fijaciones infantiles ligadas fundamentalmente a las relaciones paterno-filiales. También se podría decir que el acceso a una sexualidad saludable es decisivo en el proceso de autonomía del sujeto. De hecho, Reich (1974) situaba precisamente en la felicidad sexual de la juventud la cuestión central para la prevención de las neurosis.

Si tenemos en cuenta estas referencias, la educación sexual es una enseñanza de la libertad, del respeto, de la diferencia, de la incompletud, del miedo y, sobre todo, del acceso al placer. Se trata, por lo tanto, de defender, frente a la sexualidad narcisista, una sexualidad encarnada, corporal, vitalista y madura, entendida como una parte integrada en el conjunto de la personalidad y arraigada en una idea de placer sensorial y relacional. Por ello, es necesaria la construcción de una subjetividad sólida y consistente en la adolescencia, por medio de la palabra, el cuerpo y la relación.

En la adolescencia, hacer frente a las defensas narcisistas es tomar conciencia del propio sentir: las sensaciones corporales, los impulsos, las emociones, lo que produce placer y dolor, lo que da vida o enferma, etc. También es integrar el cuerpo, la animalidad, con el modo en que se desea estar en el mundo de lo humano; cómo y con quién se desea estar en relación. El adolescente, frente al narcisismo paralizante, debe recuperar el «animal humano» que proponía Reich, para integrar el sentir y el pensar. Someterse a los límites necesarios para relacionarse como seres humanos aporta una identidad, permite saber quién se es, pero no a cambio de renunciar a la animalidad, sino

de integrarla, de poder sentirla y pensarla. El resultado son humanos que desean y se permiten el placer sexual, el goce de vivir en relación asumiendo la parte de frustración que conlleva la vida y la limitación de la propia humanidad.

Se trata de un proceso de maduración para aproximarse al mundo relacional desde la autonomía de la adultez y no desde la omnipotencia infantil. Reconocer y aceptar al resto de personas como individuos libres y autónomos supone indagar primero en uno mismo, trabajar el miedo a la soledad, al abandono y al sufrimiento para situarse frente al otro en una posición más auténtica, más ajustada a lo que verdaderamente se es, ya que solamente ahí se puede saber qué se pide y qué se ofrece, qué se da y qué se recibe en la relación.

Esta manera de afrontar la sexualidad en la adolescencia se asienta en tres elementos:

1) La idea de la adolescencia como proceso ante la idea de cambio, que recupera el sentido frente al resultado, lo cualitativo frente a lo exclusivamente cuantitativo, lo que se experimenta frente a lo que se produce. De esta forma, el joven se aleja del modelo de hombre/mujer-máquina, de la perfección que tantas ansiedades y sufrimientos produce.

2) La sexualidad adolescente debe vehiculizarse fundamentalmente por medio del cuerpo, que se sitúa como el lugar de la emoción y de la sensorialidad. Supone la recuperación del cuerpo como herencia fi-

logenética mediante la cual se expresa lo más característico del ser humano: la capacidad de emoción. Supone también tomar el cuerpo como objeto y sujeto del trabajo en la educación sexual.

3) La educación sexual debe tener en cuenta lo individual y lo grupal como una forma de poner en juego no solo los aspectos subjetivos, sino también, y de manera protagonista, los relacionales. De este modo señalamos la presencia del otro como esencial en el desarrollo de la propia identidad y sexualidad.

Siguiendo la idea planteada por Reich (1974) en *La lucha sexual de los jóvenes*, el proceso de acceder a una vida sexual libre es necesariamente una lucha, ya que se trata de una conquista que no puede concebirse sin experiencias dolorosas y sin un combate con uno mismo —ya que cualquier proceso de autonomía genera ambivalencia— y con el entorno social —puesto que la libertad supone una forma de rebeldía frente al sometimiento y la perpetuación del sistema sociocultural en el que el adolescente está inmerso. Por ello, Reich insiste en que la renuncia al masoquismo no es lo representativo de la salud psíquica, sino que hay que alternar entre la lucha dolorosa y la felicidad, el acierto y el error, el odio y el amor, la capacidad para tolerar el placer y el disgusto. De hecho, en los años cuarenta y cincuenta del siglo xx Reich (2001) afirmaba que el sistema social occidental de la época había convertido a los jóvenes en muñecos con revestimiento de algodón o en una especie

de máquinas industriales; secos, con un mal humor crónico e incapaces de experimentar placer. En ese sentido, poco cambio hemos observado en el estado de la juventud, sino que hemos profundizado en esta impresión con mecanismos más sutiles y complejos, como el acceso masivo a los medios de comunicación de masas como instrumento de educación colectiva y la mercantilización de la sexualidad como estrategia para controlarla.

La función de la represión sexual en la infancia y la adolescencia en un sistema socioeconómico patriarcal es facilitar la sumisión de los más jóvenes a la autoridad. También lo afirmaba Freud (1980) cuando escribía que era lógico que las sociedades empezaran por controlar la vida sexual de la juventud como forma de evitar la rebelión ante el orden establecido, ya que no sería factible restringir los deseos sexuales en la adultez si el terreno no había sido abonado en la infancia.

Podemos observar que la represión sexual sigue existiendo como una estrategia social de coerción y control en aquellas instituciones estatales para el cuidado y la atención de los jóvenes que lo requieran; por no poder estar con sus familias de origen (instituciones de protección de menores), por haber infringido la ley (instituciones de justicia juvenil) o por ser personas con diversidad funcional a las que el estado sumerge en un infantilismo crónico. En este tipo de instituciones no es extraño que haya una separación por sexos, que llega a impedir el contacto en-

tre chicos y chicas durante periodos de tiempo relativamente dilatados; una prohibición de vestir prendas que puedan sugerir cualquier elemento sexualizante, siempre a ojos del adulto, y castigos por besarse o tocarse de formas consideradas inapropiadas.

Reich (1974) hace referencia a la práctica masturbatoria como una de las formas de transición hacia la vida sexual madura: la adolescencia se presenta como una etapa en la que se desarrolla el proceso masturbatorio, que ayuda al yo a organizarse en torno a la supremacía de la genitalidad y del placer definitivo. La necesidad de intimidad es inseparable del onanismo, por lo que es más posible que entre las personas adolescentes que viven en este tipo de centros, en los que se comparte habitación y baño y en los que pueden ser observados en cada momento del día, se produzca un aumento de la ansiedad ligado al acto masturbatorio, que lo dificultay que puede llegar a asociarlo con la angustia y el disgusto.

Las medidas tomadas para mejorar la convivencia en instituciones cuyo funcionamiento es muy complejo contienen un evidente subtexto que establece una relación entre la explicitación de la sexualidad y el empeoramiento conductual de los jóvenes. Tal vez sea el más extremo de los ejemplos, pero se trata de un lugar común socialmente aceptado que la adolescencia es una época compleja en la educación, ya que los jóvenes se encuentran inmersos en una «revolución hormonal», a la que, si se llega a cierto grado, hay que poner límite, controlar o incluso directamente

anular, si se pudiera. Estas estrategias que favorecen la censura del acceso al placer de la juventud termina por generar mayoritariamente una vivencia perversa de la sexualidad, a la que solo puede accederse con el incumplimiento de la norma.

Ante esta realidad debemos retomar el aserto de que no es posible desterrar el anhelo humano de vida y placer. Pero, en cambio, sí que es posible cambiar la regulación social de la vida sexual (Reich, 2001), por lo que toda educación sexual debe dedicarse a acompañar a la persona joven en su proceso de acercamiento al placer, en el sentido de una expansión intrínsecamente ligada al funcionamiento de lo viviente, como se establece en la función del orgasmo reichiana. La sexualidad saludable es la función biológica de expansión, fuera del yo, mientras que la angustia representa la dirección inversa, de retorno al yo. Sexualidad y angustia son, por lo tanto, un mismo proceso que va en direcciones opuestas, y la educación sexual debe tener como objetivo el predominio de lo expansivo, por medio de la gestión de un acceso al placer que tenga siempre en cuenta la presencia del otro. Todos los esfuerzos por controlar, reprimir o evitar la aproximación a una sexualidad saludable se traducirán en unas fijaciones pregenitales, un incremento de problemáticas narcisistas y unas estructuraciones caracteriales patológicas.

EDUCACIÓN Y POLÍTICA SEXUAL

Es bien sabido que educación y política son términos que indiscutiblemente siempre han ido de la mano. En las esferas políticas se ha empleado la educación como una herramienta más, dirigida sobre todo a fines relacionados con las ideologías de partido y no tanto como un instrumento de liberación personal con el objetivo de crear ciudadanos formados con un pensamiento crítico.

En el ámbito del poder nunca ha interesado demasiado el desarrollo de un pensamiento crítico con capacidad para cuestionar y para luchar por lo que se considera justo y necesario. En este sentido, la incorporación de la educación sexual en los centros educativos siempre ha estado sujeta a controversias. Una buena educación sexual implica el conocimiento de uno mismo, la liberación de la mente y el cuerpo y la aceptación de las diferentes realidades fuera de las etiquetas y de la «normalidad» impuesta en un sistema que nos dicta lo que se debe ver como «anor-

mal». Aquí entra en juego el concepto de *biopoder* de Foucault, que nos dice que la forma en que los estados ejercen el poder se basa en su capacidad para gestionar la vida, para controlarla y para organizarla en torno a la mentira de su optimización. Con estas formas de ejercer el poder los individuos quedaríamos relegados a la eterna infantilización: el «Estado padre» es el que vela por nosotros, el que nos cuida y el que sabe lo que nos conviene, de modo que no tendría cabida la propia individualidad, basada en las propias necesidades y deseos. Si ya se nos conduce a lo que debemos necesitar y desear, una educación sexual sana es un obstáculo para el control y para las formas de dominio, por lo que el sujeto infantilizado, más vulnerable y manejable, resulta más atractivo.

Ya en 1932, en *La lucha sexual de los jóvenes*, Reich exponía: «cuanto más se desenvuelve la sexualidad sana y vigorosamente, el individuo se siente más libre, activo, crítico en su comportamiento general» (Reich, 1974, pág.106). De esta manera criticaba ya la represión que pesaba sobre la sexualidad y que parece que aún no hemos sido capaces de dejar atrás. La educación sexual de la juventud no es solo una necesidad, sino también un derecho, y como adultos y profesionales no podemos quedarnos al margen de esta realidad si pretendemos ayudar a la concepción de personas adultas con capacidad para elaborar un camino propio, libres de la autorrepresión y la heterorepresión.

La educación sexual ha sido y es la asignatura pendiente en nuestra sociedad. Hace tiempo que se reivindica la necesidad de incorporarla en los planes de estudio pero ¿basta realmente con su incorporación? No se trata solo de que exista una materia dedicada a esta temática, sino que debemos ir más allá. Debe reivindicarse la formación profesional de los docentes que la impartan, para evitar que un área tan amplia se reduzca a unos meros conocimientos de salud sexual o a su moralización. Puede ser difícil librarse de la propia moral a la hora de impartir esta temática, pero es necesario si queremos educar a personas sanas y libres.

Llama la atención la falta de profesionalización existente para llevar a cabo una tarea tan compleja como la educación sexual, que es visible no solo en los centros de enseñanza de los púberes, sino también en las diferentes esferas del engranaje educativo. Consideramos que nuestra crítica debe ir un poco más allá. Así, si analizamos los planes de estudio de las carreras universitarias dirigidas al trabajo con personas (educación social, psicología, educación infantil y primaria, etc.) podemos observar que es frecuente que no aparezcan asignaturas sobre sexualidad en la mayoría de los casos, lo que resulta bastante significativo. Si en el colectivo profesional existe la necesidad y el convencimiento de la importancia de esta temática, ¿cómo es posible que no exijamos que se incluya en nuestra formación y reivindiquemos, en

cambio, la importancia de que se incluyan en los planes de estudio en la infancia y la adolescencia?

Parece que no solo debemos luchar por la inclusión de la sexualidad en el ámbito educativo, sino que también hemos de tener en cuenta la lacra del «todo vale», la presencia de un narcisismo profesional que lleva a entender la educación sexual desde las propias creencias y la falta de formación. Afortunadamente, cada vez existen más profesionales que deciden alejarse de esta postura; de hecho, la formación en sexología cada vez tiene más demanda y se ha producido un aumento de la oferta formativa en este campo.

Esta demanda no procede solo de los colectivos profesionales. Con nuestra experiencia hemos ido observando cómo las familias y las asociaciones de madres y padres solicitan a los profesionales conocimientos y estrategias para hacer frente a la educación sexual de la infancia y la adolescencia, reclamando espacios en los que puedan formarse y exponer los temores y las lagunas que tienen a la hora de educar en esta esfera tan vital.

La sexualidad siempre ha ido relacionada con el riesgo y el peligro, tal y como se ha comentado en capítulos anteriores, por lo que generar espacios en los que las familias sientan que pueden expresarse sin temor a ser juzgadas otorgará la naturalidad inherente al tema de la sexualidad que fue robada hace tanto tiempo.

En ocasiones se habla de una adolescencia adormilada, que no lucha por sus propios derechos y que

no reivindica lo que le es propio por naturaleza. Debemos tener en cuenta que puede ser difícil luchar por un derecho que no se sabe que existe. Por lo tanto, nuestra labor como profesionales no debe ser solo mostrarles lo que hay más allá, sino que tenemos que dirigir nuestros esfuerzos a fomentar el placer por saber y descubrir. No se trata solo de presentar el conocimiento; el reto está en fomentar el propio descubrimiento, el placer de la búsqueda y de la creación de un pensamiento libre y único.

Si se entiende que el conocimiento parte de uno mismo y que cada ser descubre la propia sexualidad sobre la base de la propia individualidad, será más fácil entender que existen diversas realidades, complejas y únicas, que forman parte del ámbito emocional, vivencial y experiencial de cada uno, por lo que aceptar a otro en sí mismo formará parte de la naturalización y la asunción de la sexualidad del sujeto.

La sexualidad siempre ha sido un asunto político, aunque no siempre se ha tomado conciencia de ello. La cultura del capitalismo fomenta el ejercicio de la homogenización, de modo que es más sencillo dirigirse al público desde diferentes campos: moda, música, entretenimiento, etc. Si el poder dirige sus es-

fuerzos a unificar gustos y criterios tendemos a pensar que se nos oferta lo que necesitamos y no que desde la oferta se crea la necesidad. En este sentido, la sexualidad siempre se ha querido interpretar desde lo que la «mayoría» necesita, y ha prevalecido un discurso heteronormativo alejado de la diversidad individual, que ni contempla ni da legitimidad al mundo emocional único de cada persona. Si no se da espacio ni valor a lo que cada individuo es en su esencia, la represión pasa a ocupar dicha esencia y genera seres incapaces de desarrollar la parte emocional y, por lo tanto, carentes de la consistencia necesaria para hacerse cargo de su vida.

A lo largo de los últimos años se observa cómo diferentes colectivos están dando visibilidad y legitimidad a otras realidades, como los colectivos de gais y lesbianas o los de transexuales; por medio de una identidad común, fuera de la heteronormatividad, se ha generado un movimiento capaz de sacudir las esferas políticas y del poder mediante una lucha colectiva, la del «poder ser». Esto nos abre la puerta a ver que la lucha tiene un sentido y que como profesionales no podemos quedarnos fuera; debemos seguir apostando por una sexualidad libre como la que ya reivindicaba Reich en *La revolución sexual* o en *La lucha sexual de los jóvenes*, tan acorde con el momento actual.

PROGRAMAS DE EDUCACIÓN SEXUAL. EL LUGAR DEL ADULTO, ¿SUJETO U OBJETO?

Ante las dificultades para encontrar referentes adultos consistentes, incluso en la propia familia, gana relevancia la presencia de los profesionales como referentes que ayudan en situaciones de conflicto.

Consideramos primordial que, en la intervención con personas, el profesional ocupe el lugar del adulto como figura de referencia, pero también hay que resaltar la importancia de que tenga en cuenta el cuidado de la autorregulación emocional para la realización profesional y personal en estas relaciones.

Además de los referentes adultos, es necesaria la existencia de programas en los que se puedan trabajar los diferentes contenidos de la esfera sexual. Estos programas funcionarían como un lugar de apertura hacia uno mismo y hacia la otra persona, serían un medio-contenedor emocional de legitimización del propio sentir. Además, con los programas de educación sexual se trabajaría la prevención de conductas violentas o de riesgo y exposición, mediante la regularización y el análisis de estas conductas de forma contenida.

El espacio generado con este tipo de programas puede hacer visibles diferentes modelos de relación más allá de los clásicos y dotar a las personas adolescentes de las herramientas necesarias para que sean capaces de analizar los modelos que la sociedad ofrece y para que puedan también construir su propio patrón de forma autónoma.

Gómez (2009) habla de la importancia de diseñar actividades para generar espacios en los que la juventud pueda ensayar, de modo vicario, las propias capacidades para la gestión de la vida sexual, tanto para el desarrollo de una calidad óptima en las relaciones íntimas como para hacer frente a los posibles riesgos asociados a la actividad sexual.

Actualmente, en nuestro trabajo nos estamos encontrando con adolescentes que realizan un paso al acto: relaciones prematuras, prácticas de riesgo, entrega del cuerpo sin reconocimiento emocional de lo que puede implicar, etc. Pero también, en los casos

en que aparece la violencia en las relaciones afectivas, esta puede entenderse como un paso al acto en sí mismo y como un síntoma del desarrollo problemático en el eje de la sexualidad.

Schmid-Kitsikis (2004), en su libro *La pasión adolescente*, explica la diferenciación entre actuar y acción. Asegura que *actuar* hace referencia a la defensa del sujeto falto de amor y de un objeto satisfactorio, mientras que la *acción* requiere un espacio de transición que lleve a una suspensión ocasional, un continente con la capacidad de albergar un pensamiento en libertad, disponible para la acción.

Entendemos que un continente adecuado podría ser un espacio creado por programas de educación sexual impartidos por profesionales formados en esta área y con la capacidad de abarcar las posibles transferencias y contratransferencias que surjan del movimiento interno de un tema tan personal e íntimo. Venegas (2013) incide en que las personas adolescentes reclaman la educación sexual como una forma de poder sentirse más libres en el ámbito escolar que en el marco familiar; quizá esto implique que dentro de la familia, cuando aún se es púber de alguna forma todavía no se está legitimado para *ser*, y que ese sería el paso que hay que dar con la evolución hacia la adultez. En el marco familiar aún se existe en consonancia con la moral de cada sistema creado y generado por las personas adultas que lo conforman, por lo que la escuela habilitaría un espacio de creación propia donde se podría ir descubriendo lo

valioso de lo vivido, al mismo tiempo que se destapa el propio deseo y la libertad para desear y para ser.

La educación sexual sería entonces la encargada de favorecer la propia creatividad del individuo, la generadora y posibilitadora del propio ser mediante los saberes, aprendizajes y emociones compartidas y vividas. Sería la pintura de un lienzo que está aún por pintar. El profesional tendría entonces la responsabilidad y el cometido de ser un facilitador, desde una posición de referente, pero sobre todo de adulto que, respetando la subjetividad del alumno, lo ayuda a descubrir su lugar en el mundo como sujeto sexuado.

EPÍLOGO Y MANIFIESTO

Yo no quiero hacer lo correcto,
pa' esa mierda ya no tengo tiempo,
no vas a escuchar un lamento,
pa' esa puta mierda ya no tengo tiempo,
antes de morir quiero el cielo,
el ciento por ciento,
antes de morir quiero el cielo,
el ciento por ciento, por cierto
Antes de que muera yo pienso follarte hasta borrar el límite entre
los dos.
Antes de que muera yo quiero jugar con mi vida, hasta haberle
perdido el valor.
«Antes de morime», C.Tangana (feat. Rosalía)

Los jóvenes cantantes C. Tangana y Rosalía, a ritmo de *trap*, consiguieron un significativo éxito popular entre los jóvenes con estas intensas rimas que evocan la urgencia de la juventud, el *no future* que propugnaba el punk, y la sexualidad como estereotipo y

artefacto para una autorreivindicación desesperada, junto con la propia muerte (y en el caso de otras letras muy populares entre los jóvenes, la delincuencia, la violencia o las drogas). Probablemente, hace unos años en España no hubiera sido posible que una canción tan popular en los canales que utilizan los más jóvenes para acceder a la música, como YouTube o Spotify —en los que acumulan millones de visualizaciones y escuchas, respectivamente— contuviera una expresión tan abiertamente sexual. Pero lo que aparentemente se gana con la posibilidad de una expresión pública de la actividad sexual por parte de los más jóvenes está estigmatizado por el hecho de que el sexo en la adolescencia queda, una vez más, en el lado de lo prohibido, lo peligroso e incluso lo auto-destructivo. Se trata de una sexualidad que reivindica la muerte ante la imposibilidad de la vida.

En nuestros años de experiencia trabajando con personas adolescentes en el ámbito educativo y en el clínico hemos ido interesándonos por su vivencia de la sexualidad, y nos hemos encontrado con que esta se halla, sin lugar a dudas, en el centro del conflicto contemporáneo de la juventud consigo misma y con su entorno social y familiar. En la investigación de campo que supone el día a día con adolescentes nos hemos familiarizado con una sexualidad omnipresente y desencarnada, con grandes dificultades para el desarrollo de una identidad autónoma y con acceso al placer.

Además de la experiencia, la otra vía formativa que alimenta este texto ha sido nuestro aprendizaje continuo en el seminario permanente del Instituto Wilhelm Reich Europa que dirige el psicólogo clínico, sociólogo y antropólogo Jerónimo Bellido. Gracias a su labor didáctica y al proceso de pensar en común con nuestros compañeros hemos podido ir desarrollando estas ideas en un trabajo que integra pensamiento y acción. En este camino compartido hemos descubierto la figura de Wilhelm Reich y, en particular, sus libros dedicados a la sexualidad en la adolescencia, que han sido una gran inspiración para nosotros. Este libro no pretende homenajear al autor, sino revisitar su obra a la luz de la actualidad, de nuestro trabajo y del pensamiento de otros autores del mundo del psicoanálisis, la filosofía, la sociología o la sexología, como una forma de generar un prisma para pensar la sexualidad adolescente contemporánea y poder trabajar con estas personas, acompañándolas, si es necesario, en el camino de la construcción de un sujeto adulto.

Wilhelm Reich nació en la Galitzia del Imperio austrohúngaro en 1897 y falleció en Pensilvania (Estados Unidos) en 1957. Fue médico psiquiatra, científico, psicoanalista, psicoterapeuta y sexólogo. Se relacionó con algunas de las mentes más preclaras de su época, como Sigmund Freud, Bronislaw Malinowski o Albert Einstein y realizó importantes estudios sobre la técnica del psicoanálisis; el lugar de la sexualidad en el desarrollo evolutivo del ser humano; la in-

fluencia social en el desarrollo del carácter; la importancia de la vida prenatal, perinatal y de la crianza de los niños, o el lugar central del cuerpo en la psicoterapia, entre otros muchos temas. Todos ellos son trabajos fundamentales para entender la psicoterapia, la clínica y la sexología modernas.

Mientras cursaba sus estudios de medicina, en la Viena de los años veinte del siglo pasado, acudió a un seminario sobre sexualidad a partir del cual organizó y lideró un grupo de trabajo sobre sexología. Su entusiasmo y su dedicación lo llevaron a contactar con los grandes sexólogos de la época, entre ellos Freud. En aquel tiempo escribió en su diario: «estoy convencido de que la sexualidad es el centro alrededor del que gira tanto la vida social como la vida interior del individuo» (Reich, 2001, pág. 29). Esta idea es el hilo conductor de la amplia obra científica de Wilhelm Reich.

Entre su extensa producción bibliográfica se encuentra una pequeña obra, *La lucha sexual de los jóvenes*, que fue publicada en alemán por Sexpol-Verlag en 1932. Se tradujo al inglés en 1972, y al castellano en 1974. Es un texto, de no más de ciento cincuenta páginas en su edición española, destinado a la juventud de la época. En su introducción, Reich (pág. 9) escribe:

El joven que toma este libro en sus manos quiere saber:

- En qué consiste el proceso de la maduración sexual.
- Por qué el problema sexual es tratado con tanto misterio en la escuela, por la familia y por toda la opinión pública.
- Qué significan el malestar, los estados de excitación, los delirios opresivos, el aislamiento y otros síntomas que se presentan a su edad.
- Si la solución a la problemática sexual de los jóvenes es posible o no en las condiciones sociales actuales.

Son buenas preguntas que trascienden aquella época y que pueden aplicarse en la actualidad. Tal vez una de las principales diferencias entre el tiempo en el que Reich escribió su libro y el momento actual es que entonces existía una lucha sexual de la juventud. Partiendo de las ideas de Marcuse (2010) podemos afirmar que en aquel momento la represión no estaba todavía totalmente desublimada, y afectaba a la persona adolescente en formas tan concretas como la censura masiva o la prohibición cortante. Se vivía entre el deseo clandestino y el miedo a la castración simbólica. De esta manera, en la adolescencia se tenía la certeza de que para acceder a una sexualidad sana y libre se tenía que luchar. Hoy en día, la persona adolescente cree que «ya sabe» sobre sexualidad, sobre la de todos y sobre la suya en particular, y que lo que no sabe lo puede conocer fácilmente, en cual-

quier momento, en el tiempo de un clic. Sin embargo, en la clínica sorprende el gran número de chicos y chicas que afirman que no se masturban porque les da asco tocarse o porque lo viven con culpabilidad, o el gran número de chicas que aceptan que sus parejas les digan qué ropa deben ponerse según la ocasión, además de otras formas de control o violencia mutua. El adolescente de los tiempos de Reich es un ciego que quiere ver; está a oscuras y busca la luz. El adolescente de nuestro tiempo, en cambio, es el doble ciego: no ve que no ve. O, en cualquier caso, cree estar viendo algo que no ve. Le han dado gato por liebre y está envuelto en un narcisismo vehiculizado por la propia sociedad, que considera que no necesita de lentes.

Creemos que una de nuestras funciones como sexólogos, como educadores y como clínicos es fomentar la lucha sexual de los adolescentes. ayudarlos a salir del efecto «doble ciego» y que comprendan que realmente, en materia de sexualidad, muchas veces no saben aquello que creen saber. Y que tienen derecho a saberlo. Muchas veces no son libres para vivir aquello que creen vivir y que tienen derecho a vivir: una sexualidad libre y sana.

Debemos ayudarlos a tomar conciencia de su sentir (las sensaciones corporales, los impulsos, las emociones, lo que les produce placer y dolor, lo que les da vida o les enferma), a integrar su cuerpo con el modo en que desean estar en el mundo de lo humano y a pensar cómo y con quién desean estar en una relación, teniendo siempre en cuenta a la otra persona. El autoconocimiento les proporcionará herramientas de relación con las que el otro pueda vivirse y sentirse en todo su ser y no solo como un objeto intercambiable sin afectos. El hecho de tomar conciencia del propio sentir y del sentir del otro actuará de forma sinérgica en el crecimiento emocional.

Creemos que es necesario dar herramientas a los padres y las madres para que reconozcan a sus hijos como seres sexuados desde el nacimiento y para que les enseñen que la sexualidad no significa peligro, enfermedad, embarazo ni pornografía. Para que les enseñen también que el sexo es saludable cuando uno se acerca a él desde la libertad y el respeto. En este sentido, los padres y las madres también necesitan ver.

Para esta tarea se necesitan profesionales consistentes, formados, con capacidad para ser referentes, para hacer preguntas, para fomentar la duda y la crítica, para hacerse preguntas y escuchar las respuestas. Adultos. Solo poniendo en valor la adultez como referente se puede educar a las personas adolescentes en una sociedad que se pretende adulta. Así, la lucha sexual adolescente no es solo el reto de las chicas y

los chicos, sino también de las familias, los educadores y la sociedad en general.

Estamos hablando de la revolución sexual que nuestros chicos y chicas necesitan, que nuestra sociedad necesita. La revolución sexual que nunca termina.

Bibliografía

- Alba, S.** (2017). *Ser o no ser (un cuerpo)*. Barcelona: Seix Barral.
- Álvarez, A.; Quirante, C.; Vila, R.** (2016). *Antes de morirme* [grabación sonora]. Madrid: Warner/Chappell Music, Inc. Sencillo (3 minutos y 20 segundos).
- Amurrio, M.; Larrinaga, A.; Usategui, E. y otros** (2010). «Violencia de género en las relaciones de pareja de adolescentes y jóvenes de Bilbao» [artículo en línea]. *Gizarte zerbitzuetarako aldizkaria* (n.º 47, págs. 121-134). Universidad del País Vasco. [Fecha de consulta: 4 de mayo de 2017]. <<https://dialnet.unirioja.es/download/articulo/3262821.pdf>>
- Asensio, J. M.** (1986). «Perspectiva biológica de la agresividad humana» [artículo en línea]. *Educación* (n.º 9, págs. 43-53). Universidad Autónoma de Barcelona. [Fecha de consulta: 10 de abril de 2017] <<https://ddd.uab.cat/pub/educar/0211819Xn9/0211819Xn9p43.pdf>>
- Bauman, Z.** (2005). *Amor líquido: Acerca de la fragilidad de los vínculos humanos*. Madrid: Fondo de Cultura Económica de España.
- Bauman, Z.** (2016). *Modernidad líquida*. Madrid: Fondo de Cultura Económica de España.

- Bellido, J.** (2017, febrero). *Seminario de formación permanente en psicoterapia emocional de integración cuerpo-mente*. Ourense: Instituto Wilhelm Reich-Galicia.
- Blázquez, M.; García-Baamonde, M. E.; Moreno J. M.** (2012). «Análisis cualitativo de la novela *Crepúsculo*. Amor y violencia de género». Ponencia. En: *Investigación y género, inseparables en el presente y en el futuro: IV Congreso Universitario Nacional Investigación y Género* (págs. 231-245). Sevilla: Universidad de Extremadura.
- Brittain, J.; Elsley, B.; Smith, A.** (dirs.) (2007). *Skins* [Serie]. Reino Unido: Company Pictures.
- Callejo, J.; Gutiérrez, J.** (2012). *Adolescencia entre pantallas: Identidades juveniles en el sistema de comunicación*. Barcelona: Gedisa.
- Caro, C.** (2008). «Un amor a tu medida. Estereotipos y violencia en las relaciones amorosas» [artículo en línea]. *Revista de Estudios de juventud* (n.º 83, págs. 213-229). [Fecha de consulta: 21 de marzo de 2017]. <<http://www.injuve.es/sites/default/files/RJ83-14.pdf>>
- Clark, L.** (dir.) (1995). *Kids* [Película]. Estados Unidos: Independent Pictures, Tha Guys Upstairs y Killer Films.
- Coleman, J. C.; Henry, L. B.** (2003). *Psicología de la adolescencia*. Madrid: Morata.
- Cruz, J.; Zurbano, B.** (2012, marzo). «Del mito del amor romántico a la violencia de género: configuración adolescente de los mitos románticos y efectos sobre conductas violentas». Ponencia. En: *Primer Congreso Internacional de Comunicación y Género* (págs. 1711-1729). Sevilla: Universidad de Sevilla.
- Delegación del Gobierno para la Violencia de Género** (2015). *Percepción de la violencia de género en la adolescencia y la juventud*. Madrid: Ministerio de Sanidad, Servicios Sociales e Igualdad.

- Díaz-Aguado, M. J.** (dir.) (2014). *La evolución de la adolescencia española sobre la igualdad y la prevención de la violencia de género*. Madrid: Ministerio de Sanidad, Política Social e Igualdad.
- Escuela Andaluza de Salud Pública** (2012). *¿Qué quieren saber adolescentes y jóvenes sobre sexualidad en Andalucía?* [trabajo de investigación]. Granada: Escuela Andaluza de Salud Pública. [Fecha de consulta: 10 de junio de 2017] <http://www.formajoven.org/AdminFJ/doc_cifras_datos/2012326114930355.pdf>
- Europa Press** (2014, 7 de diciembre). «Internet, primera fuente de información para los jóvenes sobre sexo, anticonceptivos y ETS» [artículo en línea]. *Europa Press*. [Fecha de consulta: 24 de marzo de 2017] <<http://www.europapress.es/sociedad/noticia-internet-primer-fuente-informacion-jovenes-sexo-anticonceptivos-ets-20141106153213.html>>
- Fandiño, R. y Villarino, P.** (2011, noviembre). «Un mundo relacional en crisis». Ponencia. En: *Terceras Jornadas Galegas de Saúde Sexual*. Pontevedra: Sociedade Galega de Sexoloxía.
- Fernández, E.** (2010). *Eros. La superproducción de los afectos*. Barcelona: Anagrama.
- Fernández-Savater, A.** (2015, octubre). «Crisis de la presencia. Una lectura de Tiqqun» [artículo en línea]. *Carne negra* (n.º 4). [Fecha de consulta: 2 de febrero de 2017] <<https://carnenegra.com/2015/10/03/crisis-de-la-presencia-una-lectura-de-tiqqun/>>
- Foucault, M.** (2006). *Historia de la sexualidad 1. La voluntad del saber*. México: Siglo XXI.
- Freud, S.** (1980). «La moral sexual “cultural” y la nerviosidad moderna». En: J. Strachey (ed.) y J. L. Etcheverry; L. Wolfson (trads.) *Obras completas* (vol. 9, págs. 159-181). Buenos Aires: Amorrortu. (Trabajo original publicado en 1908).

- Freud, S.** (2012). *Tres ensayos sobre teoría sexual y otros escritos*. Madrid: Alianza Editorial.
- Gamze, D.** (dir.) (2015). *Mustang* [Película]. Francia: CG Cinema, Vistamar Filmproduktion, Uhlandfilm y Bam Film.
- García, D.** (2017, enero). *Seminario de formación permanente en psicoterapia emocional de integración cuerpo-mente*. Valencia: Instituto Wilhelm Reich Europa.
- Gómez, J.** (2009). *Apego y sexualidad. Entre el vínculo afectivo y el deseo sexual*. Madrid: Alianza Editorial.
- Han, B.** (2014). *La agonía del eros*. Barcelona: Herder.
- Hernández, J. A.** (2014, 3 de abril). «Más adolescentes procesados por violencia machista» [artículo en línea]. *El País*. <https://elpais.com/sociedad/2014/04/03/actualidad/1396525696_422384.html>
- Instituto de la Juventud de España** (2012). *Informe Juventud en España 2012*. [documento en línea]. Instituto de la Juventud (INJUVE), Ministerio de Sanidad, Servicios Sociales e Igualdad. [Fecha de consulta: 7 de febrero de 2017]. <<http://goo.gl/R8P7j5>>
- Laplanche, J.; Portalis, J. B.** (1996). *Diccionario de psicoanálisis*. Barcelona: Paidós.
- Lasa, A.** (2016). *Adolescencia y salud mental*. Madrid: Grupo 5.
- Lenore, V.** (2017, agosto 11). «Libertad sexual, consumismo y elogios: las tres profecías cumplidas de Pasolini» [artículo en línea]. *El Confidencial*. [Fecha de consulta: 11 de agosto de 2017] <https://www.elconfidencial.com/cultura/2017-08-11/pasolini-profecias-vulgar-lengua_1426999/>
- Lerner, G.** (1990). *La creación del patriarcado*. Barcelona: Crítica.
- Lévi-Strauss, C.** (1981). *Las estructuras elementales del parentesco*. Barcelona: Paidós.
- Lipovetsky, G.** (2016). *De la ligereza*. Barcelona: Anagrama.

- Marcuse, H.** (2010). *Eros y civilización*. Barcelona: Ariel.
- Marín, A.** (2013). *El amor y las furias. Amor romántico en el cine lésbico y su relación con el maltrato y violencia en relaciones de pareja lesbiana*. [Trabajo de fin de máster no publicado]. Granada: Universidad de Granada. [Fecha de consulta: 22 de mayo de 2017] <http://digibug.ugr.es/bitstream/10481/29139/1/EL%20AMOR%20Y%20LAS%20FURIAS_2013.pdf>
- Martí, A.** (2017, 16 de mayo). «El suicidio es la primera causa de mortalidad entre los jóvenes europeos» [artículo en línea]. *Hoy*. [Fecha de consulta: 16 de mayo de 2017] <<http://www.hoy.es/sociedad/salud/201705/16/suicidio-primer-causa-mortalidad-20170516133833-rc.html>>
- Mendes, S.** (dir.) (1999). *American Beauty* [Película]. Estados Unidos: DreamWorks SKG.
- Muñoz-Rivas, M. J.; Andreu, J. M.; Graña, J. L. y otros** (2007). «Validación de la versión modificada de la Conflicts Tactics Scale (MCTS) en población juvenil española» [artículo en línea] *Psicothema* (vol. 19, n.º 4, págs. 693-698). [Fecha de consulta: 20 de abril de 2017] <<http://www.psicothema.com/pdf/3418.pdf>>
- Olive, D.** (2017). *A cada uno su propia norma* [artículo en línea]. Escuela Europea de Psicoanálisis. [Fecha de consulta: 20 de febrero de 2017] <<https://www.pipol8.eu/2017/02/14/a-cada-uno-su-propia-norma/?lang=es>>
- Osa, Z. de la, Andrés, S.; Pascual, I.** (2013). «Creencias adolescentes sobre la violencia de género. Sexismo en las relaciones entre adolescentes» [artículo en línea]. *European Journal of Investigation in Health, Psychology and Education* (n.º 3, págs. 265-275). [Fecha de consulta: 14 de abril de 2017] <<http://dialnet.unirioja.es/servlet/articulo?codigo=4932244>>

- Pasolini, P. P.** (2014). *Demasiada libertad sexual os convertirá en terroristas*. Madrid: Errata Naturae.
- Pazos, M.; Oliva, A.; Hernando, A.** (2014). «Violencia en relaciones de pareja de jóvenes y adolescentes» [artículo en línea]. *Revista Latinoamericana de Psicología* (vol. 46, n.º 3, págs. 148-159). Elsevier. [Fecha de consulta: 14 de marzo de 2017] <<http://www.elsevier.es/es/revista-revista-latinoamericana-psicologia-205-articulo-violencia-relaciones-pareja-jovenes-adolescentes-S0120053414700184>>
- Real Academia Española** (s. f.). «Crisis». En *Diccionario de la lengua española* (avance de la 23.ª ed.). <<http://dle.rae.es/?id=BHwUydm>>
- Recalcati, M.** (2016). *La hora de clase. Por una erótica de la enseñanza*. Barcelona: Anagrama.
- Reich, W.** (1970). *La revolución sexual*. Barcelona: Planeta de Agostini.
- Reich, W.** (1973). *La irrupción de la moral sexual*. Buenos Aires: Homo Sapiens.
- Reich, W.** (1974). *La lucha sexual de los jóvenes*. México: Roca.
- Reich, W.** (2010). *La función del orgasmo*. Barcelona: Paidós.
- Rodríguez, V.; Lazcano, M.** (2015, noviembre). «Adolescencia, violencia e involución nos modos de relación». Ponencia. En: *Quintas Xornadas Galegas de Saúde Sexual*. Pontevedra: Sociedade Galega de Sexoloxía.
- Rodríguez, E.; Megías, I.** (2015). *¿Fuerte como papá? ¿Sensible como mamá? Identidades de género en la adolescencia* [trabajo de investigación en línea]. Madrid: Centro Reina Sofía sobre Adolescencia y Juventud, FAD. [Fecha de consulta: 1 de mayo de 2017] <http://adolescenciayjuventud.org/que-hacemos/monografias-y-estudios/ampliar.php/Id_contenido/73896/tipo/all/>
- Schmid-Kitsikis, E.** (2004). *La pasión adolescente*. Valencia: Promolibro.

- Sen, C.** (2017, 20 de febrero). «La hipersexualización de la sociedad: niñas sexis, infancia frágil» [artículo en línea]. *La Vanguardia*. [Fecha de consulta: 24 de marzo de 2017] <<https://es.sott.net/article/51494-La-hipersexualizacion-de-la-sociedad-ninas-sexis-infancia-fragil>>
- Talese, G.** (2011). *La mujer de tu prójimo*. Barcelona: Debate.
- Tenorio, R.** (1992). *Jóvenes, amor y sexualidad*. Quito: CEPAR.
- Toro, J.** (2013). *El adolescente ante su cuerpo. Cuerpo, vestido y sexo*. Madrid: Pirámide.
- Vargas, E.; Barrera, F.** (2002). «Adolescencia, relaciones románticas y actividad sexual: una revisión» [artículo en línea]. *Revista Colombiana de Psicología* (n.º 11, págs. 115-134). Universidad Nacional de Colombia. [Fecha de consulta: 17 de abril de 2017] <<https://dialnet.unirioja.es/servlet/articulo?codigo=3247077>>
- Venegas, M.** (2013). «La educación afectivosexual en el marco de la educación para la ciudadanía democrática y los derechos humanos» [artículo en línea]. *Revista de la Asociación de Sociología de la Educación* (vol. 6, n.º 3, págs. 408-425). Universidad de Valencia. [Fecha de consulta: 8 de junio de 2017] <<https://dialnet.unirioja.es/servlet/articulo?codigo=5144553>>

La sexualidad es el elemento central en la constitución de la identidad de cualquier persona, y la adolescencia, un periodo crítico en el proceso madurativo. Según esta premisa, es preocupante que la educación sexual siga siendo la gran ausente en la vida de la juventud contemporánea. ¿Cuáles son las razones de este vacío y sus consecuencias en la salud emocional de las nuevas generaciones? ¿Qué elementos deberíamos tener en cuenta a la hora de abordar la sexualidad en la intervención clínica, educativa y social con los jóvenes en la hipermodernidad? ¿Deben luchar los adolescentes por su sexualidad?

Ricardo Fandiño Pascual

Psicólogo clínico, profesor en el Instituto Wilhelm Reich-Europa y presidente de la Asociación para a Saúde Emocional na Infancia e Adolescência (ASEIA).

Vanessa Rodríguez Pousada

Psicóloga y psicopedagoga, profesora colaboradora de la Universitat Oberta de Catalunya y miembro fundadora de la ASEIA.



EDITORIAL UOC